

---

# La arquitectura es inevitable

Sobre la capacidad integradora del arquitecto  
y su posición en la sociedad contemporánea

*Excusatio non petita*

Primero / Algunas preguntas y un contexto

Segundo / Identidades: tres estadios: 2a / Naturaleza. 2b / Caducidad. 2c / Transformación

Tercero / El fuego amigo

---

Inma E. Maluenda / Enrique Encabo

¿Cree que la profesión de arquitecto se ha transformado?

En caso afirmativo, ¿considera positivo ese cambio?

¿Cómo cree que percibe la sociedad la profesión de arquitecto?

¿Cuál es la tarea más urgente que la arquitectura debe afrontar en este momento para afirmar su lugar en la sociedad contemporánea?

¿Por qué merece la pena ser arquitecto?

---

Con el objeto de completar la investigación se solicitó a una serie de profesionales que tenían relación directa con la arquitectura (como ejercientes o conocedores expertos del campo) su opinión sobre una serie de aspectos, esas preguntas implícitas en el texto principal. Los interrogantes iban combinándose en cada uno de los casos, con el fin de producir variaciones en el contenido y ritmo de las respuestas. Éstas han sido respetadas textualmente.

**Iñaki Ábalos** (Ábalos + Sentkiewicz arquitectos / Catedrático ETSA Madrid y Director del Departamento de Arquitectura Harvard GSD)

**Jon Aguirre Such** (Paisaje Transversal)

**Stan Allen** (SAA/Stan Allen Architect / Decano de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Princeton 2002-2012)

**Wiel Arets** (Wiel Arets Architects / Decano de la Facultad de Arquitectura, Illinois Institute of Technology [IIT], Chicago)

**Eduardo Arroyo** (NO.MAD)

**Paco Burgos & Ginés Garrido** (Burgos & Garrido Arquitectos Asociados)

**Marcos Cruz** (marcosandmarjan / Director Bartlett School of Architecture, Londres)

**Luis Fernández-Galiano** (Director de Arquitectura Viva, AV Monografías y AV proyectos / Catedrático ETSA Madrid)

**Sou Fujimoto** (Sou Fujimoto Architects)

**Antón García-Abril** (Ensamble Studio / Catedrático de la Escuela de Arquitectura y Planeamiento Urbano Massachusetts Institute of Technology [MIT], Boston)

**Ángela García de Paredes e Ignacio Pedrosa** (Paredes Pedrosa arquitectos)

**Juan Herreros** (Herreros arquitectos / Catedrático ETSAM y profesor permanente de la Graduate School of Architecture de la Universidad de Columbia, Nueva York)

**Francisco Leiva** (Grupo Aranea)

**Víctor López-Cotelo** (Profesor emérito en la Technische Universität München [TU Múnich] / Catedrático de Proyectos y Conservación de Edificios Históricos 1993-2012)

**Iván López Munuera** (Crítico de arte y comisario independiente)

**Manuel Ocaña** (Manuel Ocaña Architecture & Thought Production Office)

**PKMN** (pac-man)

**Patrik Schumacher** (Socio en Zaha Hadid Architects / Codirector AA Design Research Lab, Londres)

**Emilio Tuñón** (Emilio Tuñón arquitectos)

**Fernando Valderrama** (CEO en SOFT)

**José Luis Vallejo** (Ecosistema Urbano)

**Peter L. Wilson** (Bolles + Wilson Architecture)

Te aconsejo, por último, que nunca acometas imprudentemente una empresa fuera de lo común e insólita en aras de la gloria. Hay que sopesar, hay que meditar hasta el más mínimo detalle aquello que vaya a quedar a la vista de todos. Es labor ardua poner en práctica lo que hayas meditado con tu propia inteligencia por medio del trabajo de terceros; y en cuanto a disponer a voluntad del dinero de los demás, ¿quién no se da cuenta de que será siempre susceptible de protestas?<sup>1</sup>

Leon Battista ALBERTI  
*De re aedificatoria*. Libro IX, capítulo XI

El qué y para quién. Y el cómo (que no se olvide)

Preguntarse sobre uno mismo conlleva también preguntarse sobre el mundo, o puede que al revés, dice el tópico de autoayuda. Hay algo de cierto en él. Las siguientes páginas son un resultado de esa interrogación y reflexionan sobre si la arquitectura es algo más que el modo de vida del arquitecto. Mucho se habla sobre ello y más que se hará; los tiempos lo obligan. Que seamos nosotros quienes lo hagamos ahora no es fruto de la competencia propia, sino de cierta casualidad y obstinación ajenas (véanse los agradecimientos).

A quién nos dirigimos: a cualquiera que muestre un interés, siquiera circunstancial, por la arquitectura. Más que certezas, a lo largo de la lectura se ofrece una sucesión de pistas. Aunque el origen del texto sea universitario, no es un texto académico. Aunque se utilicen referencias históricas o artísticas, tampoco se trata de un tratado histórico o de teoría del arte. Aunque se ofrezcan algunas pistas, si de verdad están interesados en lo que aquí se esboza, siganlas. Disculpen la abundancia de citas; estar acompañado siempre es agradable. Un aviso sobre las mismas: se ha utilizado siempre la versión consagrada de los textos aquí incluidos, tanto en español como en inglés. Se realizan las pertinentes indicaciones cuando dicho texto, por no estar vertido al idioma correspondiente, ha sido objeto de traducción por los autores. El título, pese a su indudable parecido, no está tomado de la afirmación de Leland M. Roth que abre su *Entender la arquitectura*<sup>2</sup>. quede explícito, en todo caso, el reconocimiento *in extremis* de esta coincidencia.

Metodología: pensar en voz alta (escrita) y extraer algunas reglas; hacer a los demás partícipes, en lo posible, del soliloquio. Como hemos hecho desde que empezamos, en 2004 y 2006, a impartir clase en esta Escuela de Arquitectura, y como hemos afrontado siempre nuestro propio trabajo. Nuestra experiencia y nuestros saberes son manifiestamente mejorables, por lo que hemos confiado, en busca de respuestas, en la pertinencia tanto del análisis como de la asamblea.

Vaya por delante nuestra gratitud tanto al director de esta escuela, Miguel Gómez Navarro, por invitarnos a participar en el desarrollo de este escrito, como a todas las voces a las que hemos incluido en paralelo, más de una veintena, toda una serie de arquitectos o profesionales próximos a la arquitectura. Nuestro reconocimiento a todos ellos por su generosidad cierta frente a nuestra curiosidad insistente.

1. L. B. Alberti, *De re aedificatoria* (traducción de Javier Fresnillo Núñez), Madrid, Ediciones Akal, 1991, p. 405.

2. Leland M. Roth, *Entender la arquitectura. Sus elementos, historia y significado* (versión castellana de Carlos Sáenz de Valicourt), Barcelona, Gustavo Gili, 1999, p. 1 «La arquitectura es el arte inevitable. Despiertos o dormidos, durante las 24 horas del día estamos en edificios, en torno a edificios, en los espacios definidos por ellos o en paisajes o ambientes creados por la mano del hombre.»

---

# ¿Cree que la profesión de arquitecto se ha transformado?

## En caso afirmativo, ¿considera positivo ese cambio?

**Marcos Cruz**

No hay duda de que la profesión de arquitecto está cambiando. Hoy el trabajo ha de ser mucho más interdisciplinar, y la informatización de los procesos de diseño, suministro y fabricación está transformando claramente la permeabilidad entre las diferentes áreas de especialización, abarcando a arquitectos, artistas, ingenieros, paisajistas y ambientalistas, aparejadores, diseñadores urbanos, diseñadores, científicos de biotecnología, etc. Lejos de la idea del «genio-creador» que dictaba el proceso desde el principio hasta el final, el arquitecto de hoy es más bien el director de una compleja red de especializaciones que influyen en el proceso de diseño desde el primer día. Esto trae consigo oportunidades para crear nuevas maneras de abordar la práctica, la creatividad y la innovación en esos lugares intermedios que no están constreñidos por las restricciones de la profesión tradicional.

**Emilio Tuñón**

Sí, sin duda sí. Creo que esta transformación tiene algo positivo en lo que tiene que ver con la dilatación de los procesos...

**Ángela García de Paredes e Ignacio Pedrosa**

La sociedad reclama en cada momento respuestas adecuadas a sus necesidades y deseos: las profesiones se adaptan para dar su respuesta más precisa, y la nuestra está cambiando. Por una parte, por la mayor complejidad que tiene la respuesta que se nos exige; por otra, sobre todo en nuestro país, por la «depresión» a la que está sometida, como consecuencia de la distorsión que se ha producido entre la escasa oferta de trabajo y el exceso de profesionales disponibles.

Además, el entramado normativo y la complejidad técnica de la construcción conlleva necesariamente nuevas formas en las que desarrollar nuestro trabajo. Al proyecto y a la dirección de las obras se incorporan profesionales y mecanismos que hacen posible dar la respuesta adecuada, dentro una organización cada vez más compleja.

Esta adaptación de la profesión a la realidad solo será positiva si es posible hacer coincidir los intereses propios de la arquitectura con la satisfacción de las condiciones que la sociedad impone.

## Algunas preguntas y un contexto

En Finlandia, los arquitectos y los guardabosques tienen un rango social más elevado que en otros países y forman una especie de aristocracia a la que pertenecían los antepasados de Aalto (que eran guardabosques).

[...] Antes de cumplir los 30 años, Aalto se había encargado de construir la sede de una cooperativa agrícola, el edificio del Turun Sanomat, la biblioteca de Viipuri y el sanatorio de Paimio, todos ellos fruto de concursos ganados. Estos datos se mencionan para dar una idea de la atmósfera de Finlandia, más que para aportar pruebas del genio de Aalto. Si Aalto hubiese crecido en otro país democrático (Suiza, por ejemplo, o los Estados Unidos) nunca habría podido recibir, ya en 1929, el primer premio por un proyecto como el del sanatorio de Paimio. Sus alas se hubieran roto antes de echar a volar, o se habría visto superado por los compromisos. Nada revela con más claridad el liderazgo espiritual de un país que la capacidad de su administración para reconocer a los mejores talentos ya desde el principio, y para confiar en ellos.<sup>3</sup>

Sigfried GIEDION  
*Espacio, tiempo y arquitectura*

Los espejos son impertinentes; bien utilizados tienen mala reputación: exigen, si no la verdad, un ejercicio de honestidad razonable. Y aunque pueda parecer lo contrario, no demandan juicio. Más bien obligan a conocerse para evitar la incomodidad de aquello en lo que hasta ese momento no habíamos reparado, algo que creemos bueno. Este es un relato que, en cierto modo, aspira a ser espejo: el nuestro, con el que pretendemos conocernos más que al inicio. Quizá comenzar desvelando estas intenciones no sea la mejor de las ideas, pero, aún a riesgo de quedar en evidencia, creemos que la honestidad es importante.

Nos preguntan sobre algo tan vagaroso como «el papel integrador del arquitecto». La interrogación también se formuló con la palabra *central*. «Escribid», dijeron. Y siendo nosotros mismos arquitectos (y aspirantes a instaladores de espejos), no hubo más remedio que hacerlo *desde dentro*. ¿Cuáles son los méritos de un arquitecto para reivindicar un papel *central* en la sociedad? ¿Por qué debería ser objeto de una consideración particular? De existir, ¿es dicha prevalencia ficticia?

Analicemos antes la propia pertinencia de la pregunta, si el momento o el lugar dan para ello, si es una interrogación necesaria. En los pasados meses, hemos observado las exequias de Oscar Niemeyer, su féretro en Brasilia dispuesto con el tratamiento de jefe de Estado. Un espectáculo tan asombroso y ajeno a nosotros como todo lo reservado a la estratosfera de los privilegiados. La reaparición en tiempo presente de estos honores se nos antojó tan hermosa como desasosegante, en tanto que subrayaba una verdad dolorosa: la pérdida de estatus del arquitecto en nuestra sociedad.

Algo parecido a esa identidad que refleja Giedion en el texto que encabeza estas líneas: una identidad que puede establecerse en términos de lo que denominamos convencionalmente como *posición social*. En realidad, Giedion no dice demasiado sobre Aalto, sino que describe su entorno y el lugar que ocupaba en el mismo —intercambiable con otros colegas, se infiere

3. Sigfried Giedion, *Espacio, tiempo y arquitectura* (traducción de Jorge Sainz), Barcelona, Editorial Reverté, 2009, p. 603.

## José Luis Vallejo < Ecosistema Urbano

Indudablemente. El contexto social, tecnológico, económico... global es otro. Fuimos educados para ejercer la profesión en un modelo que ya no existe, con una visión del mundo obsoleta propiciada por una maquinaria educativa que continúa formando arquitectos con técnicas del siglo XIX.

Los arquitectos hemos tenido y seguimos teniendo que reinventarnos y rediseñarnos para dar una respuesta más adecuada a un nuevo contexto que no deja de mutar. La transformación es necesaria y, por tanto, positiva. Renovarse o morir.

## Jon Aguirre Such < Paisaje Transversal

La profesión de arquitecto todavía no se ha transformado, sino que sigue anclada en las viejas estructuras que nos han conducido a esta situación. Si bien cada vez hay más voces y profesionales que reclaman y comienzan a desarrollar su carrera, tratando de promover un cambio de paradigma arquitectónico, todavía son muchos los que esperan que «la cosa vuelva a ser como antes» para retomar la senda de trabajo que se había desarrollado hasta el estallido de la burbuja inmobiliaria como si la gente estuviera aguantando la respiración hasta que capee el temporal. Sin embargo, eso no va a suceder. La arquitectura, como la sociedad en sí, está encarando un cambio de paradigma, que tenemos el deber de favorecer con nuevas prácticas y nuevas formas de hacer arquitectura. El cambio no es solo positivo, sino que es vital. No podemos seguir perpetuando la figura del arquitecto como genio creador ni la profesión de arquitecto como algo ajeno a la sociedad y a las necesidades sociales. La arquitectura debería dejar de lado la edificación para centrarse más en la construcción o reconstrucción. La arquitectura, tal y como la hemos conocido hasta ahora, está condenada a la extinción.

## PKMN (pac-man)

La profesión de arquitecto no solo se ha transformado, sino que creemos que ya nunca volverá a ser «solo» lo que era. La apertura de la profesión o, mejor dicho, de la disciplina arquitectónica, parece vislumbrar futuros mucho más atractivos y complejos, aunque inciertos para los arquitectos. La ruptura de un modelo «que funcionaba», ya sea por sobresaturación u obsolescencia, necesita de nuevos caminos de desarrollo, en este caso arquitectónicos. Claro está que, también, es fácil tener una inercia al cambio e incluso, de manera más natural, miedo a esa ruptura de lo que cómodamente ya éramos. Cualquier disolución de posiciones tan acomodadas *a priori* parece positiva. Quizá la pregunta sea: ¿a costa de qué? O, mejor aún: ¿a costa de quién o quiénes?

## Iván López Munuera

La arquitectura, como cualquier otra disciplina, ve alterada de manera continua su configuración al ser una profesión formulada en tiempo presente. Es decir, responde a necesidades y desafíos cotidianos. De la misma manera en que cambia la sociedad y el día a día, la arquitectura también lo hace.

Y lo hace no solo en la definición de qué es arquitectura o en la delimitación de qué o quiénes son arquitectos, sino en su relación con los medios y las recepciones que se hacen de su labor. No es una conversación entre entendidos, una visión organicista

de sus palabras—. Leída ahora, esa descripción susurra el pasado cuasi geológico de una profesión irreconocible. Quizá hablar de esa «posición social» como si estuviésemos en una novela decimonónica resulte un tanto apollado; pero a falta de mejor término —la palabra *rol* también sería válida—, podríamos explorar, pues, cómo se define esa *posición social* del arquitecto y si es posible adivinar en ella esa *condición particular* por la que al principio nos preguntábamos.

Aunque este escrito no aborde de manera estricta aspectos sociológicos, tendremos que recurrir a ellos ocasionalmente. Ese estatus —siempre entendido como la posición relativa de un agente social en su entorno— ha pasado, en el caso del arquitecto, de ese nivel de tratamiento *principesco* (veremos más casos) a una suerte de *desmovilización* para integrarlo en la sociedad civil: los datos hablan de una paulatina proletarización del colectivo en España y de una muy notable y creciente tasa de emigración. Dicha pérdida de estatus no es solo económica ni reciente: aunque se haya evidenciado con el *crack* del sector de la construcción, tiene su origen (en España) a mediados de los noventa, con la liberalización del suelo y de los honorarios profesionales. Un mercado sin regular adoptó la vivienda como método de enriquecimiento, y a su proyectista, como mal necesario, para convertirlo más tarde en artífice y responsable último del desastre. La estadística oficial alienta pocas dudas y describe nítidamente este fenómeno: el sector de la construcción se ha quedado en estado de *shock*. Solo en nuestro país y durante el período comprendido entre 2007 y 2010, el número de licencias tramitadas en el ámbito de la edificación pasó de 668 719 a 79 891, un descenso superior al 88 %. Indicadores inequívocos como la producción de cemento hablan asimismo de una caída de 54 721 toneladas en 2007 a 22 102 en 2011 (un 60 % menos). No parecen, además, apreciarse indicios de mejora en un futuro próximo: en España, el Sareb (Sociedad de Activos Procedentes de la Reestructuración Bancaria) prevé comenzar a demoler viviendas o promociones en desarrollo (las denominadas *viviendas zombies*) a partir de 2016, ante el sobrecoste que supondría su finalización y la dificultad de colocar esos activos.<sup>4</sup> El peor dato es, en realidad, el más importante: entre el primer trimestre de 2007 y el tercero de 2012, la tasa de paro en el sector de la construcción se ha incrementado del 6,16 % al 26,31 %.<sup>5</sup>

4. Según noticia publicada en diario *Cinco Días* el 9 de noviembre de 2012.

5. Datos del Ministerio de Fomento recopilados por el Instituto Nacional de Estadística.

6. Richard Sennett explicaba al inicio de *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (Barcelona, Anagrama, 2000) un fenómeno contemporáneo de alienación, que denominaba como pérdida de linealidad. Sennett utilizaba ese término para explicar la desaparición de un argumento que permitía coser la propia vida. Por ejemplo, la estabilidad económica en Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial había permitido a la ciudadanía prever una vida a largo plazo, en el que cada año se iba sumando al anterior.

Estos datos son llamativos, qué duda cabe, pero no conviene dejar que se adueñen por completo del escenario. Tras el drama económico se vislumbra una crisis anímica: la de la pérdida de identidad de un colectivo que, aquejado de afasia, no reconoce sus asideros tradicionales. Ingenuos, suponemos esa circunstancia como nueva, y algunos, incluso, esperan el retorno a posiciones pretéritas —ya escampará—, con una paciencia digna de mejor empresa; melancólicos, recuerdan aquellos tiempos en los que los arquitectos eran *otra cosa*... Así que la pregunta inicial que plantea reexaminar el papel que representa el arquitecto en nuestra sociedad se antoja, frente a esta perplejidad, pertinente.

No formamos parte de esa generación a la que el progreso se antojaba ineludible —quizá la anterior sí contó con esa experiencia—, que entendía su proceso productivo y vital como una historia lineal: uno podía, con cierto esfuerzo, ir ascendiendo en la escala social y laboral, siguiendo una curva de progreso constante; es decir, la historia personal solo podía hacerse más profunda y la prosperidad solo aumentar. Esa mitología, remitiéndonos a los hechos, pertenece ya al pasado.<sup>6</sup> En medio de la tormenta perfecta, hemos extraviado nuestro relato (como otros han antes el suyo), nuestros ritos, nos reconocemos como extraños y nos enfrentamos al desafío formidable de qué hacer con el resto de nuestras vidas.



que vaya desde un sujeto activo a un receptor pasivo, sino un debate plagado de dobles sentidos, malentendidos y posiciones enfrentadas.

No creo que pueda haber una consideración negativa a una transformación ligada al presente. Dar la espalda a las realidades y desafíos actuales acabaría con su capacidad de movilización. Una movilización que implica posicionamientos económicos, políticos, ideológicos, sociales y simbólicos. En cualquier caso, la realidad arquitectónica es siempre múltiple, con maneras de entenderla contrapuestas e inconexas. Esto no es negativo; de hecho, la arquitectura debe ser una arena compartida donde se den cita posiciones enfrentadas, en continuo debate.

### **Víctor López-Cotelo**

Sí. Quizá inevitable. Reflejo de una evolución general no siempre inteligente, necesaria ni eficaz, lastrada de rutinas limitativas e inflexibles.

### **Fernando G. Valderrama**

La arquitectura es la única titulación que en España se mantiene identificada biunívocamente con una profesión. Esta identificación es políticamente incorrecta, socialmente injusta, intelectualmente errónea, estéticamente perjudicial e industrialmente suicida.

El esquema actual de la titulación, tanto si nos referimos a las atribuciones y competencias de los arquitectos como al contenido de los planes de estudios, es esencialmente similar al definido en la primera mitad del siglo XIX, cuando se crea la carrera formalmente.

Por ejemplo, el arquitecto actual estudia la estructura y tiene las atribuciones para proyectarla y ejecutarla porque en el siglo XIX la estructura era una parte inseparable de la definición formal del edificio, tanto del interior como de la envolvente.

Actualmente ya no se diseñaría la carrera así, puesto que la estructura y la configuración arquitectónica son campos separados, dotados de una interfaz bien definida. Razonamientos similares se aplican al diseño de instalaciones, al urbanismo y la ejecución de las obras, que no se integrarían hoy en día en una carrera de arquitectura diseñada desde cero.

Sin embargo, el corporativismo, bien visible en las actitudes anti-Bolonia, ha logrado mantener sin cambios el conjunto original de atribuciones.

De hecho, la protección legal que la LOE (Ley de Ordenación de la Edificación) proporciona al arquitecto en España es inexistente en otros países, aspecto bastante desconocido, ya que muchos arquitectos creen que esta protección, siendo de origen divino, tiene que ser también universal.

No seré yo el que proponga el abandono unilateral y sin contrapartidas de estos privilegios. Sin embargo, este acaparamiento de atribuciones, teóricamente una enorme ventaja frente a otros profesionales, se ha convertido con el tiempo en algo negativo.

¿Por qué? Porque la protección elimina el estímulo. Puesto que durante la ejecución de una obra es obligatorio contratar no a uno, sino a dos profesionales diferentes, ninguno de los dos se preocupa colectivamente por proporcionar un valor añadido al proceso de la construcción, a su cliente o a la sociedad. El buen hacer queda vinculado al sentido individual de la responsabilidad de cada profesional.



No decidamos aún de manera atropellada si la incertidumbre en la respuesta es (o no) un hecho positivo. Exige cierta reflexión y las sorpresas son posibles. Si parece claro, en todo caso, que este proceso también implica un deterioro de la identidad (aquello que permite reconocerse entre los otros) y solo puede entenderse y atenuarse mediante su análisis. Para retomar ese hilo podríamos recurrir a la historia, a nuestra historia, e incluso detectar aquellos momentos en los que dicha identidad haya sido puesta a prueba.

Sin embargo, es necesaria una advertencia: empeñarse en interpretarla como un ciclo y esperar, por tanto, que vuelvan «los viejos y buenos tiempos» conduce a un relato irreal, puesto que soslaya sus variaciones más significativas en busca de las respuestas que deseamos. Incluso puede desembocar en melancolías indeseadas que empañen la lectura contemporánea de las claves que propician el cambio. No es que el pasado no haya de volver (a nosotros); es que no volverá *exactamente* de la misma manera.

---

Segundo

## Identidades: tres estadios

El arquitecto ha sido ensalzado como el hombre moderno más perfecto, debido a la feliz confluencia de idealismo y realismo en su persona. Por desgracia, él es el único que percibe la veracidad de este hecho, mientras que el resto del mundo se mantiene al margen, sin compartir apenas esta opinión. Sin embargo, yo también debo unirme a la canción de alabanza, a pesar del peligro de dejarme arrastrar por la megalomanía.<sup>7</sup>

Otto WAGNER

*La arquitectura de nuestro tiempo*

Aun a riesgo de confundir sujeto y objeto, este es un texto sobre arquitectura a través de los arquitectos. Analizar cómo se ven a sí mismos y, por ende, cuáles han sido tradicionalmente sus aspiraciones no deja de tener cierto sentido para dotar de contexto a esa crisis de identidad. La cita de Wagner ilustra lo que suele pensarse que el arquitecto *piensa* de sí mismo. Un retrato, como se ve, perfectamente instalado en el tópico.

Es fácil de comprobar: el volumen *L'architetto nella storia di Occidente*, de Luigi Vagnetti, funciona como una recopilación completa de los instrumentos operativos y las claves en la formación del arquitecto —también el aprendizaje empírico que, por imitación, facilita el que la profesión pase de padres a hijos— desde Mesopotamia hasta aproximadamente la década de los ochenta del pasado siglo. El texto tiene carácter universitario, instrumental y, por tanto, funciona como un manual estrictamente ordenado. En sus capítulos suele aparecer el epígrafe «Generalità: posizione dell'architetto» acompañado de una descripción pormenorizada, época a época, de dicho rol. De Imhotep, por ejemplo, al que se toma como representante para ilustrar la prevalencia del arquitecto en la sociedad egipcia, se describen sus distintos cargos: canciller del Rey, jefe de la Justicia, superintendente

7. Otto Wagner, *La arquitectura de nuestro tiempo* (traducción de Jordi Signán), Madrid, El Croquis editorial, 1993.

*Die Baukunst Unserer Zeit*, Viena, Löcker Verlag, 1979, p. 33. Como bien se explica en el prólogo de la edición española (a cargo de Josep M. Rovira), el texto de Wagner sufrió tres reediciones (1898, 1906 y 1914) desde la publicación del original en 1896 (y escrito un año antes), con el título, más conocido, de *Moderne Architektur*.

Veamos otro ejemplo. El arquitecto tiene las atribuciones legales para redactar y firmar estudios de seguridad y salud, pero, al mismo tiempo que lucharía colectivamente con uñas y dientes para no perder este derecho, basándose en elevados criterios éticos sobre la importancia de salvaguardar la integridad de las personas, desprecia los conocimientos necesarios para realizar la tarea, como se comprueba en cualquier plan de estudios actual, donde la seguridad y la salud no figuran.

Con distintos grados de crudeza, ocurre lo mismo en las otras disciplinas asociadas a la titulación, mencionadas anteriormente. Gracias a la exclusividad de la firma, los incentivos para adquirir las competencias necesarias se limitan a los que hagan falta para aprobar la carrera.

Resultado: el arquitecto, desde que entra en las Escuelas, se acostumbra a ocuparse solo de la parte interesante de la profesión: los planos.

Afortunadamente, la enseñanza de los proyectos (si admitimos «plano» como «proyecto») y las materias restantes es bastante buena, y los alumnos acaban adquiriendo numerosas competencias transversales, que son las que se consideran en la actualidad como más valiosas para el desarrollo personal y profesional a largo plazo.

En contrapartida, si al arquitecto se le ocurre dedicarse a cualquier ocupación que no sea la realización de proyectos preferentemente básicos de edificios, propuestas preferentemente singulares de clientes que le concedan total libertad preferentemente públicos y que salgan publicados en revistas preferentemente de papel cuché, quedará marcado como un fracasado.

Añadamos un factor más. Los estudiantes quieren elegir la carrera que les apetezca, sin restricciones; si hay *numerus clausus*, no es desde luego con su aquiescencia. Los estudiantes, los profesores y mucha más gente quieren que las carreras universitarias sean gratis. Además, el marco jurídico permite que existan universidades privadas, y mientras cumplan la ley tienen derecho a formar nuevos profesionales. Por tanto, todo el que quiere formarse como arquitecto puede hacerlo. Y lo hacen a miles.

Para la tormenta perfecta solo hace falta una crisis económica, a ser posible centrada en la construcción: exactamente lo que hemos conseguido.

En resumen:

- Hay decenas de miles de arquitectos.
- Están capacitados para realizar múltiples tareas útiles a la sociedad.
- Se les ha convencido de que se dediquen exclusivamente a una de esas tareas.
- La necesidad de esa tarea ha disminuido drásticamente.

Posibilidades:

- Eliminar físicamente a los arquitectos: es ilegal y poco ético.
- Reducir la salida de arquitectos: es inútil a corto y a largo plazo, solo lo haría una dictadura de izquierdas.
- Cambiar el entorno económico: no está al alcance de los arquitectos, es lento, y requeriría una nueva burbuja de la construcción.

¿Qué queda? No todos los arquitectos pueden hacer lo que les gustaría hacer, y mucho menos lo que se les ha dicho que deben hacer. Cien mil profesionales no pueden exigir a la sociedad que les permita trabajar «de lo suyo».

Lo que queda es diversificar: hacer lo que sabemos hacer.

¿Qué lo impide? Durante el reciente curso de «Números gordos en la dirección de empresas», en el Instituto Arquitectura de la Fundación COAM, pedí a los alumnos

de los Archivos Reales, jefe de los Trabajos Reales, vigilante de los Regalos del Cielo, la Tierra y el Nilo, custodio del País...<sup>8</sup> A los efectos, el ápice simbólico de las pirámides que construyó.

El caso de Imhotep es extremo —como lo sería el de Aalto—, pero podemos encontrar otros testimonios que reiteren esta caracterización, como el de Leon Battista Alberti, en el mismo prólogo de su obra *De re aedificatoria*, que hablan de la profesión de arquitecto vista desde un entendimiento cuasi absolutista:

Digamos, por último, que la mayor parte de la seguridad, el decoro y la gloria del Estado se le deben al arquitecto, que sin duda ninguna es capaz de conseguir que disfrutemos de nuestro tiempo libre, amena, alegre y saludablemente, que ejerzamos nuestro trabajo provechosamente y acrecentando nuestro patrimonio, sin peligro y dignamente en ambos casos. En consecuencia, no vamos a negar que hay que alabar y honrar al arquitecto e incluirlo entre los que más se han hecho merecedores de honra y recompensas por parte de la humanidad, por el placer y el agradecimiento que suscitan sus obras, por el carácter necesario, la ayuda y la utilidad de sus hallazgos y por el beneficio que de ello obtiene la posteridad.<sup>9</sup>

El enfoque revela una mirada *desde arriba* hacia el tejido social que los acoge. Puede rastreadse algo obvio en una profesión que siempre ha dependido de la generosidad de los demás, de cierta fortuna o de la notable iniciativa de sus practicantes: el comportamiento del arquitecto siempre ha sido el de un profesional en busca del ascenso. Un operario ilustrado que confiaba en sus habilidades como salvoconducto en la escalada social. Marco Vitruvio Polión, el arquitecto fundacional, es un perfecto desconocido sin obras ni retratos;<sup>10</sup> la descripción que de sí mismo hace no revela nada extraordinario, sino al contrario, solo se apoya en su obra para su validación:

Pero a mí, ¡oh, Emperador!, la naturaleza no me ha concedido mucha estatura, la edad ha afeado mi rostro y la enfermedad ha mermado mis fuerzas. Por lo tanto, ya que me veo privado de tales cualidades, alcanzaré fama y reputación, así lo espero, mediante la ayuda de mi ciencia y de mis libros.<sup>11</sup>

En la definición de Wagner, en la cita de Vitruvio, en la biografía de Vasari sobre Miguel Ángel —en la que, incluso filtrando las exageraciones (no olvidemos que fue escrita en vida del artista) queda patente el respeto social que rodeó al *Divino*— o en la consideración que Giedion hace sobre el oficio en Finlandia, los razonamientos son similares: aunque la arquitectura no sea una profesión nobiliaria —muchos de los arquitectos que conocemos y asumimos como importantes no tuvieron un origen aristocrático, aunque fuera ciertamente acomodado—, sí ha propiciado el reconocimiento y ascenso social a través del virtuosismo. El arquitecto se ha servido del mismo para alcanzar la legitimación de un privilegio construido a la vista de los demás. No es una idea tan lejana en el tiempo: Beatriz Colomina ha relatado los esfuerzos de Mies por distanciarse de su origen artesano, su obsesión por las camisas Knize, su cuidado de las apariencias...<sup>12</sup> como si ser algo menor a la estatura de un príncipe le imposibilitase la práctica de la arquitectura tal y como él la entendía. Colomina, por ejemplo, toma una anécdota relatada por Dirk Lohan, su nieto, y la interpreta bajo un prisma de clase: el vómito de Mies en el viaje desde Aquisgrán a Berlín por no contar con un billete de primera es el vómito de su pasado, como quien se deshace de una vieja piel.<sup>13</sup> Atendiendo a referentes más cercanos en el tiempo, Beatriz Preciado detalla los códigos de representación de la figura del arquitecto de época que pueden encontrarse en un número del año 1962 de *Architectural Forum*:

8. Luigi Vagnetti. *L'architetto nella storia di occidente*, Padua, Edizioni CE-DAM, 1980 (Reimpresión). p. 39

9. *Op. cit.*, p. 60.

10. El prólogo de Delfin Rodríguez Ruiz para la edición de 1995 de *Los diez libros de arquitectura* por Alianza Editorial realiza un completo retrato de las vicisitudes y representaciones de la figura de Vitruvio a lo largo de la historia.

11. Marco Vitrubio Polión, *Los diez libros de arquitectura* (traducción de José Luis Oliver Domingo), Madrid, Alianza, 1995. Introducción al Libro Segundo. p. 9.

12. B. Colomina, «Mies Not», incluido en D. Mertins (ed.), *The Presence of Mies*, Nueva York, Princeton Architectural Press, 1994. «When the historians go on and on about Mies' humble origins, Mies insistently keeps his distance from them», p. 201.

13. Colomina reproduce e interpreta una historia ya conocida. La anécdota abre el volumen de Franz Schulze *Mies van der Rohe. A Critical Biography*, Chicago, University of Chicago Press, 1986 —cuenta con versión castellana, a cargo de Jorge Sainz, *Mies van der Rohe: una biografía crítica*, Madrid, Hermann Blume, 1986—. En la edición revisada del original, publicada en 2013 por la misma editorial y ahora a cargo de Franz Schulze y Edward Windhorst, el relato se traslada al final del primer capítulo (p. 14).

que aplicaran el análisis de Porter al sector de los arquitectos. Este análisis es una potente metodología para entender la competitividad de los sectores industriales, basado en la fuerza de los proveedores y de los clientes, los nuevos entrantes y los productos sustitutos. Un apartado destacó entre todas las observaciones: la rivalidad entre los competidores aumenta extraordinariamente, y con ella, la degradación del sector cuando en este las barreras de salida son muy altas, porque nadie abandona, por mal que le vaya.

Los arquitectos tienen una extraordinaria barrera de salida, sea la vocación o el orgullo. Pues bien, esto es lo único que podemos cambiar a corto plazo.

En la vida, excepto de equipo de fútbol, se puede cambiar hasta de religión: ¿cómo no vamos a cambiar de ocupación?

En todas las demás titulaciones, como indicaba al principio del texto, se abandonó hace mucho la identidad con una forma única de ejercerlas profesionalmente. No todos los abogados son penalistas, ni todos los médicos, cirujanos. ¿Qué ocurriría si todos los ingenieros se empeñaran en hacer solo caminos, canales y puertos?

El futuro de quienes han estudiado la carrera de arquitectura pasa por dejar de vincular el éxito personal y profesional a que haya una correspondencia biunívoca entre su ocupación y los contenidos concretos que se estudian en la carrera.

Quienes tienen responsabilidad o influencia en la formación de los arquitectos tienen una forma muy sencilla de ayudarlos: mantener una actitud agresiva contra quienes identifiquen la dignidad del arquitecto con una forma precisa de desarrollar su trabajo.

### Francisco Leiva < Grupo Aranea

Me imagino que para muchos ha cambiado en gran medida, pero para mí no tanto.

La precariedad económica nos ha obligado a ser más abiertos, imaginativos y flexibles, además de más eficientes.

El arquitecto se ha acercado algo más a la sociedad. Su actitud es menos pasiva y empieza a implicarse cada vez más en los procesos urbanos. No esperar al encargo para comenzar a pensar.

### Iñaki Ábalos

La respuesta depende del contexto; una cosa es la situación local y otra distinta los retos de la profesión a escala global. En España hemos perdido casi todas las batallas por desgana y egoísmo colectivo, y las iniciativas juveniles, tan valoradas a nivel mediático local, no pueden contarse como alternativas: siempre las ha habido muy similares (cooperativas, colectivos, hiperconectividad, conciencia social, etc.) y vienen siendo, por tanto, recurrentes y con escaso impacto, nos guste o no. El hecho cierto y relevante es que la profesión está proletarizada en una generación pasó de aristocrática a burguesa, y en la nuestra hemos visto caer ese estatus hasta el proletariado, cuando no directamente al lumpemproletariado. Y, sin embargo, todo el resto del sector de la construcción ha sido capaz de crecer lo suficiente como para poder competir en los mercados exteriores con gran eficacia: el paro del sector solo afecta seriamente a los obreros sin cualificar y a los arquitectos; es algo que debe hacernos meditar sobre qué hemos hecho mal. Si miramos afuera, vemos que hay enormes problemas a los que la profesión debe dar respuesta para salir de su pequeño *mundito* de juguetes; los procesos de urbanización de las metrópolis de los cinco

*Hombres blancos vestidos de negro* (las cursivas pertenecen a la autora). Todos (excepto Bruce Goff y Harris Armstrong) llevan camisa blanca, traje oscuro y corbata, reafirmando su estatus social y estableciendo una distancia con los modelos de la masculinidad de las clases trabajadoras o rurales.<sup>14</sup>

Por seductor —y *alfa*— que resulte, no es un retrato justo ni equilibrado. Estos ejemplos suelen tomarse sin atender a su contexto ni detallar sus matices —Wagner se escandalizaba de que de la Escuela Técnica Superior de Viena salieran de 20 a 25 arquitectos al año<sup>15</sup>— para construir una imagen del arquitecto como alguien pagado de sí mismo o, al menos, carente de consciencia sobre su propia actitud y de sensibilidad o empatía hacia los demás. Bastaría una mirada temporal y geográficamente próxima a Wagner, a alguno de los textos de Adolf Loos —como «Acerca de un pobre hombre rico», un relato del consumidor de inicios del siglo XX tiranizado por su arquitecto— o a los discursos de Berthold Lubetkin para rebatir esa caricatura.<sup>16</sup> O, en realidad, a cualquiera de los distintos movimientos que desde 1900 han ido repitiendo y arrogándose la legitimidad de hacer una arquitectura que refleje las motivaciones de su tiempo, desechando lo anterior o corrigiéndolo entre acusaciones de autismo o irrelevancia. Es posible que las equivocaciones hayan sido muchas y graves, pero nunca han respondido a la indiferencia. Una sensibilidad reiterada que obliga a revisar interpretaciones manidas.

Hombres establecidos, seres mundanos. ¿Cuál podría ser entonces su (y nuestra) tragedia? Para los coetáneos de Wagner o de Aalto —y para Mies, claro—, es la integración en una sociedad civil en la que los saltos de escala (siquiera soñados o aspirados en secreto) ya no son posibles de la manera tradicional, y en la que, malas noticias, no hay profesiones nobles porque ya no existen *grandes relatos*. ¿Y para nosotros? Algo más complejo y también más duro: ya no se trata de un cambio social de valores que nos conduzca a pensar cómo ascender en esa escala —algo que, aún entonces, era posible—, sino afrontar su descenso contradiciendo el llamado *principio de Peter*, retroceder tras haber alcanzado un supuesto nivel de incompetencia.

No deberíamos basar nuestras hipótesis en idealizaciones sobre la condición del arquitecto fruto de cierto *pensamiento mágico*. Un análisis sobre esa consideración social presenta algunas conclusiones quizá menos idílicas: ni el arquitecto ha sido siempre ese privilegiado que hemos supuesto, ni las situaciones que hoy tanto nos chocan pueden considerarse tan nuevas. El libro de Vagnetti antes citado es pródigo en ejemplos y contextualiza las penurias presentes. Incluso entre la aristocracia de la profesión, la inestabilidad ha sido una compañera de viaje habitual. Este desenfoque cuenta con distintas aproximaciones; una particularmente interesante se refiere a la naturaleza del quehacer arquitectónico, al cómo afecta a la percepción social del arquitecto y, por ende, a su posición).

Piensen, por un momento, en el peor cliché, el más gastado que se les ocurra sobre la figura del arquitecto, como su vestimenta/disfraz: gafas de pasta, ropa oscura (preferentemente jersey de cuello vuelto, de corte ascético), y con probabilidad envuelto en accesorios de lujo... Silente y concentrado en la foto (*su foto*). La imagen del arquitecto como profesional mundano es la sublimación del sibarita social, un *flâneur* contemporáneo. Uno de los reproches más asociados a este cliché es la visión negativa del arquitecto como *artista*. Un arma arrojada que pone en duda su capacidad de compromiso social. Se trata de un silogismo muy discutible y que aproxima la cuestión desde dos extremos complementarios, referidos a la disciplina y al sujeto activo de la misma. Por un lado, dicen, el arte suele

14. Beatriz Preciado, *Por-notopía. Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la guerra fría*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 22.

15. *Op. cit.*, p. 42.

16. B. Lubetkin, *Credo* (escrito en 1955, inédito). Texto incluido en M. Reading & P. Coe, *Lubetkin & Tecton An Architectural Study* (traducción de los autores), p. 139-143: «Sería injusto hacer directamente responsables a los arquitectos del daño que infligen a la sociedad al devastar, desbaratar o destripar el entorno; martilleando, aplastando o haciendo trizas nuestras ciudades, o tornándolas imposibles con acechante arquitectura criminal [...]. Es perfectamente posible asumir que existen arquitectos inocentes; pero en un mundo absurdo, en el que una solución es tan válida como cualquier otra, no puede existir una cosa tal como arquitectura inocente, dado que no existe arte que no integre el tejido social [...]. Cada artista es bien un apologeta o un crítico de la sociedad. El no tomar partido es, en la práctica, apoyar un *statu quo*, porque incluso cuando decida no decidir, opta por su tácita observancia».

continentes están introduciendo escalas, formas de trabajo y topografías que requieren profesionales lúcidos y con buena formación técnica, capaces de interactuar con distintos agentes sociales sin perder su autoridad; de hecho, lo más valorado es precisamente la capacidad para liderar la visión estratégica que da autoridad: una enorme distancia entre el contexto actual del aquí y ahora, y el de un mundo que va a otra velocidad y en otra dirección.

### **Eduardo Arroyo**

La sociedad ha cambiado su manera de mirar a los arquitectos: antes eran creadores de ciudades y edificios valientes y ahora son solo resolutores de problemas técnico-económico-políticos. Han pasado de ser un colectivo profesional creativo y crítico a otro tecnócrata y obediente.

### **Juan Herreros**

No, pero es evidente que debería hacerlo.

Al menos, en nuestro país lo que impera es el esfuerzo resistente para mantener una forma de práctica que no puede atender a las condiciones cambiantes que estamos viviendo.

### **Paco Burgos & Ginés Garrido**

Nuestra profesión se ha venido ejerciendo de modos muy diversos, no es una actividad homogénea. Está claro que muchos de aquellos arquitectos que han tenido la oportunidad de construir de manera sostenida durante los últimos veinticinco años han dejado de hacerlo de forma abrupta. Este hecho, obviamente, ha alterado la configuración de la profesión en nuestro país.

También es cierto que la profesión de arquitecto en España se ha visto alterada en el ámbito laboral muy sustancialmente por la crisis que sufrimos. Pero no está claro que esta circunstancia, de momento, la haya cambiado aún de modo estructural. El mercado inmobiliario se ha paralizado completamente y, como consecuencia, muchos arquitectos tienen que trabajar en otros ámbitos profesionales y emigrar al extranjero; otros no pueden siquiera acceder al mercado laboral. Pero el modo de hacer para los que mantienen sus oficinas aún es el mismo. Sin embargo, las oficinas que sobrevivan dentro de unos años, cuando la crisis se suavice, tendrán que cambiar. Les afectará la condición cada vez más global de los mercados y el flujo de capitales, la competencia será más dura; por ello, tendremos más arquitectos españoles con oficinas en el extranjero haciendo trabajos en otros lugares del mundo. Ya ha ocurrido en otros países. Probablemente, lo más fácil sea mirar cómo es nuestra profesión en nuestro entorno más inmediato, y quizá de ese modo podremos saber cómo será en unos años. Seguramente se producirá un proceso de concentración y, aun existiendo pequeños estudios más artesanales, las oficinas en general serán más grandes e impersonales, y en ellas el trabajo del arquitecto cambiará.

Es difícil considerar positivo un hecho dramático como es el colapso que ha experimentado nuestra profesión, aunque esta crisis será sin duda una oportunidad para repensar y transformar nuestro trabajo, para hacerlo más útil a la sociedad.

Dejando a un lado las excepciones que todos conocemos, la calidad media de la arquitectura común española es claramente mejorable, tanto en lo referente a las



concentrarse en espacios de consenso —sean estos galerías, museos o la propia cotidianeidad— en los que el pacto con lo real se suspende o pone en tensión. Y resulta que es *precisamente* en la realidad donde opera la arquitectura, sin posibilidad de ser obviada o apartada. En segundo lugar, el artista está alejado de lo que podemos entender como un profesional responsable. Ambas concepciones, la que acota el campo de acción de lo artístico a la realidad o la que habla del artista como extranjero, parten de un mismo prejuicio: el arte (y, por extensión, el artista) flota en un útero protector, incapaz de albergar argumento crítico alguno ni de plantear preguntas importantes. Y reducen esta aproximación a la arquitectura a la categoría de molesto *biblot*. Por otro lado, consideran o entienden la realidad como un mero espacio de verdad experiencial, de experimentos únicamente exitosos que abren la puerta al pragmatismo. Como cualquier afirmación maniquea —la contraria, la que atribuiría a la arquitectura *solo* ese matiz artístico y *chamánico*, también lo sería— olvida demasiados matices por el camino. Es justo en la tensión que ultima las posibilidades de lo real donde se producen los mejores resultados.

Para profundizar en esta idea, debemos dejar de dirigir nuestra mirada hacia el arquitecto y enfocarla hacia su objeto de trabajo: la arquitectura. En realidad, se podrían establecer dos conceptos que al relacionar al arquitecto con su medio de vida nos ayuden a articular el relato: la aparente incompatibilidad de *ars* y *utilitas*, y, un tanto derivada de esta, el miedo a la obsolescencia derivado de la extinción de un modelo, el del arquitecto artesano.

## 2a / Naturaleza

17. *Op. cit.*, p. 57-58.

18. Hannah Arendt, *La condición humana* (traducción de Ramón Gil Novales), Barcelona, Paidós, 2005.

19. Una aproximación al texto de Arendt ha sido efectuada, en términos referidos a la conformación de las ciudades y lo público, por Kenneth Frampton en *The Status of Man and the Status of his Objects*. En edición de Melvyn A. Hill: *Hannah Arendt: The Recovery of the Public World*, Nueva York, St. Martin's Press, 1979, p. 101-30. En castellano, existe una traducción con el título *Labor, trabajo y arquitectura*, incluida en C. Jencks y G. Baird, *El significado en arquitectura* (traducción de M.ª Teresa Muñoz), Madrid, Hermann Blume Ediciones, 1975. La referencia de Berger puede encontrarse en su texto *Millet and Labour*, incluido en la recopilación de sus textos *Selected Essays* (ed. Geoff Dyer), Londres, Bloomsbury, 2001.

Yo, por mi parte, voy a convenir que el arquitecto será aquel que, con un método y un procedimiento determinados y dignos de admiración, haya estudiado el modo de proyectar en teoría y también llevar a cabo en la práctica cualquier obra que, a partir del desplazamiento de los pesos y la unión y el ensamblaje de los cuerpos, se adecue, de una forma hermosísima, a las necesidades más propias de los seres humanos [...]. Debemos estarle agradecidos al arquitecto no tanto por el hecho de habernos proporcionado cobijo seguro y confortable contra el ardor del sol, el invierno y los hielos —con no ser ese de ninguna manera el beneficio más pequeño—, como por haber llevado a cabo multitud de hallazgos, en el ámbito de lo privado y lo social, de enorme e indudable utilidad y sumamente apropiados para su empleo en la vida cotidiana.<sup>17</sup>

Leon Battista ALBERTI  
*De re aedificatoria*. Introducción

La arquitectura no es exactamente un bien de consumo. Aunque esta afirmación puede parecer obvia, esconde una observación algo más profunda sobre su propia naturaleza como parte de nuestras vidas. Hannah Arendt, en el primer capítulo de su ensayo *La condición humana*,<sup>18</sup> estructura nuestra *vita activa* en tres apartados: labor —lo que corresponde al «proceso biológico del cuerpo humano», mantenimiento de constantes vitales—, trabajo —lo que «proporciona un ‘artificial’ mundo de cosas»— y acción —como «única actividad que se da entre los hombres sin mediación de cosas o materia»—. De ahí que la arquitectura, tal y como la entendemos tradicionalmente, se asimilaría necesariamente al «trabajo». Según la inicial definición de Arendt, el aspecto de «labor» no parece particularmente adecuado, y su adopción revela un enfoque que pudiera calificarse de melancólico. Como oportunamente recuerda John Berger, asociamos tal labor con la honestidad de los campesinos de Millet o con las imágenes de Walker Evans.<sup>19</sup> Actividades



cuestiones técnicas como a las intelectuales. Si pensamos en un horizonte más lejano, quizá cinco años, sería deseable una transformación que produzca oficinas de arquitectura más profesionales, más competitivas, más solventes técnicamente, más eficaces, más interdisciplinarias, pero también más respetuosas con nuestro paisaje, con nuestras ciudades y con nuestros recursos.

**Manuel Ocaña**

Sí.

1970: 3 escuelas de arquitectura, 3 631 arquitectos.

1980: 7 escuelas de arquitectura, 10 391 arquitectos.

1990: 9 escuelas de arquitectura, 18 885 arquitectos.

2000: 15 escuelas de arquitectura, 31 800 arquitectos.

2012: 31 escuelas de arquitectura, 60 000 arquitectos.

Desde los años setenta, el parque de viviendas (por tomar una unidad) casi se ha triplicado, mientras que el número de arquitectos se ha multiplicado por dieciséis.

No se trata tanto de considerar si es positiva la transformación, como de aceptarla naturalmente y esforzarse en asaltar territorios fuera de las zonas de confort intelectuales y físicas que nos han venido de serie, pero que nos están ahogando.

---

## ¿Cómo cree que percibe la sociedad la profesión de arquitecto?

**PKMN (pac-man)**

Parece haberse instalado en nuestra España de *chorizo de cantimpalo* un odio acumulado en torno a la «figura del arquitecto». Seguramente merecido por «unos cuantos», quizá «muchos», no puede etiquetarse a todo un colectivo como cómplice de especulaciones, cuyas responsabilidades derivan más de la esfera de lo político que de lo arquitectónico. Muchos diseños son solo la representación de programas, intervenciones, ensoñaciones, ya concebidos de una manera absurda y sobredimensionada. Hay que saber distinguir ciertas sutilezas que te alejan o acercan a esa supuesta «complicidad» que muchos interpretan como derivada de todo un colectivo.

La crisis (particularmente en España) ha sobrecargado la construcción (y, por contacto, la arquitectura) de matices negativos. No nos interesa dar una respuesta local, sino que deseamos buscar algunas vías para entender cuáles son los diversos caminos que puede encarar el arquitecto para desarrollar su profesión dentro de la sociedad.

Como arquitectos, hemos desarrollado herramientas, estrategias y conceptos aplicables a la ciudad, desde el espacio público al doméstico, a diversas escalas y a

manuales de gente sencilla, sin complicaciones: ¿no es eso lo que *antes* teníamos? Muy probablemente, ese sea el origen de la mayoría de esas apreciaciones referidas a las cualidades morales aparejadas a la arquitectura que suelen proliferar desde el siglo XIX, hasta construir ese argumentario que describe como fin último la correcta «moralidad» del arquitecto.

El interés cíclico que suele despertar el aspecto más material del alarife, o incluso esa arquitectura vernácula<sup>20</sup> —es llamativo que, en este caso, suela referirse a una *arquitectura sin arquitectos* cuando se quiere resaltar la ausencia de autoría reconocible—, incorpora un alto componente de sentimentalismo y, además, un cierto error en su enfoque. Se obvia, por ejemplo, que los medios de producción de la arquitectura (la construcción) no se encuentran, ni mucho menos, en manos del arquitecto. Se pretende, además, que nos acerquemos a ellos con un purismo ludita, algo irrealizable (y un tanto ingenuo) en las condiciones económicas del mundo actual. Ese afán esencialista ignora ambos aspectos. Quienes así se expresan suelen confundir arquitectura con construcción, pecan de cierto simplismo y caen en dos errores: el desprecio por la tecnología y la incoherencia conceptual de su propio razonamiento. La tecnología obliga a repensar esta afirmación porque existen otras vías que intentan, a través de un cambio en la cadena productiva, transformar y recualificar la relación entre arquitecto y producto. Un cambio nunca explorado por esa idea regresiva de arquitectura como manualidad pura. Como sostiene Chris Anderson,<sup>21</sup> las posibilidades de producción se han democratizado hasta transformar lo que era un cambio cultural en un cambio que puede afectar a las raíces mismas de la economía.<sup>22</sup> Es pronto aún, pero comienzan a observarse los primeros frutos, que irían desde arquitectos que desean imprimir casas en tres dimensiones a soluciones de construcción abiertas a esta aproximación al *do-it-yourself*. Esto debería, en buena ley, ayudarnos a matizar esa idea del arquitecto como guardián de un código cerrado o un fuego sagrado que es necesario recuperar. Idea que, como se verá más adelante, representa un papel esencial en esta crisis.

Tomemos, en segundo lugar, un argumento aún más amplio, que vaya más allá de ese entendimiento cándidamente «marxista» de la arquitectura en cuanto espacio productivo. La vía del pragmatismo ofrece una respuesta sencilla: no se puede decir, en buena ley, que la arquitectura sea indispensable para la subsistencia. Un producto de la labor, por decirlo así. No es fácil objetivar su *valor*. Seguiríamos viviendo, si lo hiciésemos, dentro de construcciones anodinas, pero podemos convenir que resultaría indeseable. En realidad, no se nos ocurre mejor garantía para la pervivencia de la arquitectura que el hecho de que represente un anhelo de mejora o un estado superior del habitar. Mejores casas, mejores espacios, mejores vidas.

Quede claro —si aún no lo estaba— que aquí se defiende la arquitectura como algo más que construcción. Se entiende como «trabajo» y, según están los tiempos, cada vez más como «acción», menos dependiente de lo físico y más del pensamiento. Ignorar la influencia de la arquitectura como agente conformador de nuestra cultura es una necedad, como lo sería desprender su praxis de la necesaria ética. Vitruvio ya hablaba de la condición de la arquitectura como creadora de civilización y, pese a sus transformaciones, dicha condición no se ha alterado significativamente. Sigue siendo de una importancia vital para comprender nuestro contexto y decodificar sus claves. Es sencillo de entender si comprobamos la aparición constante de la casa como producto económico y símbolo político. Y no solo en las noticias referidas a economía: en *Joseph Anton*, de Salman Rushdie —una autobiografía de sus años bajo la amenaza de la *fatwa* del ayatolá Jomeini, en la que todo ocurre en las casas—, el propio autor identifica su incertidumbre vital con sus dificultades para encontrar un

20. Buena muestra de ello es la muy nutrida literatura sobre arquitectura sin arquitectos, desde la exposición así titulada de Bernard Rudofsky (catálogo: *Architecture Without Architects*, MoMA, Nueva York, 1964; existe versión española: *Arquitectura sin arquitectos*, Buenos Aires, Eudeba, 1973) a libros como *Animales Arquitectos: El funcionalismo ecológico de las construcciones animales* (Lanzarote, Fundación César Manrique, 2001), de Juhani Pallasmaa, o *Los otros arquitectos* (catálogo de la exposición llevada a cabo en el Museo de Ciencias Naturales de Barcelona en 2003) dejan ver que el discurso de Rudofsky no solo ha calado, sino que sigue, en cierto sentido, plenamente vigente. La obra de Pallasmaa incluye, además, una completa bibliografía que documenta perfectamente esta línea.

21. Chris Anderson, *Makers. The New Industrial Revolution* (traducción al castellano de los autores), Londres, Random House, 2012.

22. «What started as a cultural shift —a fascination with new digital prototyping tools and a desire to extend the online phenomenon into real-world impact— is now starting to become an economic shift, too. The Maker Movement is beginning to change the face of industry, as entrepreneurial instincts kick in and hobbies become small companies». *Op. cit.*, p. 19.

partir de muy diversas materializaciones. De esta manera, el diseño arquitectónico ha abierto sus puertas a múltiples agentes de otras disciplinas en un proceso de enriquecimiento mutuo. Asimismo, esas otras disciplinas, ámbitos o profesiones empiezan a necesitar arquitectos cuando realizan trabajos vinculados a la ciudad. Es ahí donde creemos que el arquitecto tiene que buscar «su sitio» en la sociedad, en esa hibridación que no parte de la propia disciplina, sino del entendimiento de las necesidades arquitectónicas implícitas en otros ámbitos. El cambio pasa por la generación no solo de «productos» arquitectónicos, sino también de aquellos que puedan llegar a tener una utilidad social. En ese sentido, el proceso será lento y difícil, pues existe una gran inercia del «producto» en el ámbito arquitectónico. Si ni siquiera nosotros creemos en esos «servicios arquitectónicos», ¿cómo va a haber un cliente que los demande aunque los necesite?

**Antón García-Abril**

Como los responsables de la crisis.

**Iván López Munuera**

No hay una manera única de entender la arquitectura y, por tanto, no hay una percepción única. Pensar que solo hay un tipo de arquitectura, realizada por unas personas determinadas, con unos materiales definidos o unos presupuestos fijos en un momento cerrado, sería establecer un tipo de conocimiento pueril fruto de la ignorancia de sus propias historias. Arquitectura no solo son los ejemplos de la burbuja inmobiliaria (los más destacados por los medios de comunicación y que llegan a un público más amplio), sino la investigación, los sistemas de relación entre personas, las publicaciones, la Administración y la legislación, la Universidad o los centros culturales. Los arquitectos no son solo aquellos que ostentan un título universitario, sino quienes conectan y debaten qué es arquitectura o qué puede ser. La arquitectura es una red de actores en continua movilización.

**Luis Fernández-Galiano**

La sociedad española percibe al arquitecto de forma distorsionada. Muchos creen que se trata de una profesión de glamur, artística y lucrativa a la vez, por influencia de la arquitectura icónica y los arquitectos estrella. Otros asocian la profesión a la burbuja inmobiliaria y a los peores excesos de las últimas décadas, cuando no lo consideran un intermediario innecesario entre el propietario y el constructor. Ni una ni otra imagen describen la realidad esforzada de los arquitectos, en pugna siempre con mezquinos intereses económicos o con la deplorable incultura estética de tantos. Alejandro de la Sota decía que los arquitectos dan liebre por gato, y ese empeño obstinado en dar más de lo que la sociedad espera de ellos forma parte intrínseca del credo de esta profesión.

hogar, hasta el punto de que la búsqueda de «la próxima casa» es casi una *Ilíada indoor*. Desde la infravivienda de un millón de euros de Bin Laden, en Abbottabad, al enclaustramiento de Julian Assange, en la embajada ecuatoriana, la «arquitectura del hogar» cobra importancia como refugio desde su condición simbólica y primaria; al tiempo, su invasión o inviolabilidad reflejan respectivamente los límites mismos de nuestro sistema político. No es un objeto, sino una idea. Y, sin embargo, no parece que esta importancia sea percibida con plena consciencia por la sociedad. Richard Sennett —discípulo de Arendt— es un experto en analizar las corrientes ocultas que genera la actividad social y en explicar cómo nos relacionamos entre nosotros gracias (debido) a lo que hacemos. En su ensayo *El respeto*,<sup>23</sup> detalla dos patologías que pueden identificarse con ese alejamiento en el que la profesión puede haber incurrido: el virtuosismo y la posición de superioridad.

En primer lugar, el virtuosismo, explica Sennett, responde a algo más que al uso extremo de las capacidades: contiene una semilla de incomprensión. Es decir, podemos admirar al virtuoso porque no lo comprendemos, nos sentimos incapaces de imitarlo y porque su carácter desprende ciertos rasgos de conducta antisocial. Sennett explica esto como una «concesión de autonomía». No es este el caso. Para entendernos, quede claro aquí que no nos referimos tan solo a la habitual separación entre público y artista generada a partir de la introducción de determinados lenguajes (de la pintura abstracta a la música atonal). Lo que se quiere decir es que determinada arquitectura, con su lenguaje o su tectónica o su presentación pública, ha fomentado un halo de virtuosismo que ha prendido con rapidez. Incluso siendo admirada y permitiendo el acceso a su propio círculo cultural y una observación en sus propios términos, ha fomentado una percepción de objeto inalcanzable, en tanto en cuanto ni era suficientemente comprendida ni permitía una réplica sencilla; e inútil para lo cotidiano —con todo lo contraproducente que resulta esta idea con el aserto de «mejores casas, mejores espacios, mejores vidas» que realizábamos antes—. No podremos reivindicar para el arquitecto un papel central si decide no integrarse en el tejido que le rodea y mantiene esa separación. Cómo tender esos puentes sin que implique una infantilización del objeto es, en sí mismo, un reto extraordinario.

La dificultad de alcanzarlo estriba en que la arquitectura es un producto culturalmente muy complejo. La enorme cantidad de variables (tecnológica, social, política, económica, plástica...) que incorpora hace casi imposible que su ejercicio y puesta en práctica puedan ser plenamente satisfactorios, tanto para el productor como para el usuario. Por ello, no es fácil para el arquitecto explicar por qué su trabajo debe ser valorado en términos objetivos. El hecho es que la arquitectura no puede medirse (o, al menos, no en exclusiva) en términos de eficacia, competitividad y optimización material, porque la arquitectura *no* admite una respuesta única, un patrón. Como disciplina, se mueve en el territorio de la ambigüedad y en ocasiones de la intuición; los arquitectos actúan, en realidad, como gestores de ese cúmulo de imperfecciones. Este argumento —nuevamente, llamada de atención— apela a la potestad de decisión que tiene cualquier diseñador; y, siempre que el producto final sea lo suficientemente exitoso, esas elecciones puedan soslayar las carencias, hacerlas invisibles.

Cualquier intento de objetividad se escurre entre los dedos del razonamiento. Al igual que sucede en una ciencia que rara vez comprueba sus hipótesis o en un arte que reniega de serlo, surgen soluciones aparentemente absurdas que solo con el paso del tiempo —justo lo que no tenemos— se revelan como exactas. La lámina que separa el conocimiento del elitismo es muy fina... y posiblemente el arquitecto la haya traspasado alguna que otra vez por su ignorancia o mala praxis. En realidad, no es tan extraño y se puede asumir como

23. Richard Sennett, *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad* (traducción de Marco Aurelio Galmarini), Barcelona, Anagrama, 2003.

---

# ¿Cuál es la tarea más urgente que la arquitectura debe afrontar en este momento para afirmar su lugar en la sociedad contemporánea?

Patrik Schumacher

La era moderna ha creado un nuevo conjunto de sistemas de infraestructuras que complementan la arquitectura tradicional, compiten y se extienden más allá de ella. Incluyen los sistemas mecánicos de transporte (trenes, automóviles, aviación) y múltiples sistemas de telecomunicación (prensa, radiodifusión, telefonía e Internet).

El orden social y el complejo funcionamiento de la sociedad contemporánea del siglo XXI depende de estos sistemas técnicos de comunicación, tanto como de los patrones de los entornos construidos.

Uno de los grandes retos de la arquitectura contemporánea del siglo XXI es su reestructuración fundamental para romper con el concepto *fordista* de bloques repetitivos de la sociedad industrial de masas (grandes fábricas cuadrangulares que contienen largas cadenas de montaje con estaciones de trabajo similares y personal que repite la misma tarea hora tras hora, y los bloques repetitivos cuadrangulares de vivienda tradicional, oficinas y rascacielos del siglo XX), hacia una sociedad *posfordista* de especialización flexible, con su nuevo orden de diversidad de los procesos de trabajo y de vida, y un nuevo nivel de fluidez y dinamismo en las carreras, instituciones y organizaciones corporativas.

Durante las últimas tres décadas, Zaha Hadid Architects ha desarrollado un nuevo lenguaje arquitectónico que da soporte a un nuevo conjunto de patrones de organización de la sociedad contemporánea. Hay correspondencias asombrosas entre este nuevo lenguaje arquitectónico y el progresivo desarrollo de las sociedades avanzadas contemporáneas.

La mayor complejidad de las vidas que llevamos en el siglo XXI solapa e integra, más que separa, trabajo, educación, ocio y habitar. El principio moderno de una zonificación funcional en retículas regulares ha sido reemplazado por la superposición de capas en los desarrollos de uso mixto. La arquitectura de la repetición que marca el siglo XX ha sido reemplazada por edificios que son adaptables, que también fomentan esta diversidad. La arquitectura tradicional de bloques platónicos y retículas cristalinas es antitética respecto a estas nuevas demandas de variación e intensa integración de los patrones de la vida contemporánea.

Los edificios ortogonales homogéneos ya no pueden satisfacer la demanda de los usuarios. En su lugar, lo oblicuo y curvilíneo es más eficaz para permitir el *morphing* gradual y sin fisuras de una condición a otra. Para igualar la flexibilidad de la vida que llevamos ahora (viajes transcontinentales, acceso inalámbrico a Internet en cualquier lugar, horario de trabajo flexible, etc.), los edificios del siglo XXI están estructurados por medio de transformaciones fluidas continuas y de transiciones suaves en lugar de por

parte de cualquier experiencia humana. Esa desconexión entre el arquitecto y la sociedad que lo rodea constituye incluso un subgénero crítico y tiene su propio mercado cultural: desde *Koolhaas Houselife* —las aventuras de la limpiadora contra la malvada casa moderna—, como una actualización del *Tío* (Mon Oncle, 1958) de Jacques Tati, a la perplejidad (fingida) de Tom Wolfe y su *arquitecto como mandarín*. La caricatura —que siempre tiene algo de verdad, como reconocíamos al principio— cuenta con la sonrisa del público y el rubor del profesional pudoroso.<sup>24</sup> Se trata de una poética de la desconexión alimentada por los propios medios, que olvidan frecuentemente su papel de puente de entendimiento atraídos por una visión simplista y, por tanto, más fácil de vender.<sup>25</sup>

En segundo lugar, y sería también una actitud descrita por Sennett, puede que nuestra disciplina haya afirmado con vehemencia su posición de superioridad, su separación del resto a través de un conocimiento adquirido y, mediante su trabajo, la conformación de una retórica del sometimiento.

La cadena de razonamiento es evidente: no contentos con reconocerse como élite y detentar poder, los arquitectos han dado también forma a sus símbolos. Por supuesto, en una sociedad que se pretende democrática, esa impregnación no puede ser más conflictiva, más cuando esos símbolos buscan —sea por obligación, sea por un genuino convencimiento— nuevos cuerpos significantes. Esta visión, con obvios anclajes en la realidad —es uno de los argumentos reiterados a través de los medios generalistas— ha degenerado en una actitud reaccionaria hacia cualquier arquitectura que exprese singularidad para escapar de los cánones, hasta confundir propuestas innovadoras en su morfología, tectónica o concepto con planteamientos fruto de la mercadotecnia y desprovistos de cualquier interés.

La idea de objetividad, claro, contradice plenamente la propia esencia de la arquitectura. Si esta no fuera más que el mero resultado de aplicar ciertas fórmulas (bien-mal, eficaz-inútil, acertado-desacertado, etc.), ¿cuál sería el sentido de la existencia del arquitecto (de cualquier trabajo, en realidad)? En cuanto al virtuosismo o las afirmaciones de superioridad, resulta muy difícil para una profesión establecer un vínculo con los demás si confía para ello en lo inextricable de sus habilidades. Un enigma poco rentable y que asigna falsos poderes: la *gente*, el público lego, nunca entenderá qué puede hacer la arquitectura por ellos si desconoce sus procesos. Y esa ausencia de conexión, claro, devendrá en carencia de afectos.

## 2b / Caducidad

Una mañana, en noviembre, Frank Furness le dijo: «Sullivan, lo siento, la diversión ha terminado. No hay más edificios que hacer. Ahora la oficina se está quedando exhausta. Usted ha trabajado bien, lo que se dice muy bien. Usted me gusta. Desearía que pudiera quedarse. Pero como fue el último en entrar, corresponde que sea el primero en salir».<sup>26</sup>

Louis H. SULLIVAN  
*Autobiografía de una idea*

Así relata Louis H. Sullivan su despido del estudio de Frank Furness, en Filadelfia, tras la crisis crediticia de 1873. La historia, cruel, se repetiría de nuevo con Sullivan, y también lo hubiera hecho con su más conocido discípulo, Frank Lloyd Wright, de no haber protagonizado uno de esos segundos actos tan poco probables en las vidas estadounidenses.

24. La publicación del número de otoño de 2012 de *San Rocco*, la revista italiana de crítica, con el título de *Scary Architects* certifica la existencia del subgénero de la manera más clara posible: con la aparición de su parodia. En este caso, un ensayo gráfico con imágenes de arquitectos descontextualizadas cuyo objetivo es dar, como indica el título, miedo.

25. Alejandro Zaera-Polo ha abordado este problema en su texto *Mediators* (Mediadores), recopilado en *The Sniper's Log* (Barcelona, Actar, 2012; publicado originalmente en *Hunch*, n.º 10, Rotterdam, 2006; traducción de los autores), en el que se aborda la pérdida del colectivo de una voz identificable y comprensible por el público generalista, lo que hace necesaria la aparición de los mediadores del título: «Los mediadores son, como resultado, el eslabón perdido entre un siempre creciente público consumidor de arquitectura, el cliente y el colectivo generalmente hermético de los arquitectos. Los mediadores son habitualmente arquitectos, pero han desarrollado especiales habilidades de escucha, sus antenas les permiten interpretar lo que los individuos, las organizaciones o poblaciones enteras necesitan o creen necesitar, y traducir dichas necesidades en pautas para arquitectos. A menudo actúan como casamenteros entre un cliente o un problema concreto y un arquitecto concreto, capaz de dar servicio al deseo del cliente» p. 453.

26. Louis H. Sullivan, *Autobiografía de una idea* (traducción de Luis de Cabrera), Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1961, p. 139.



zonas urbanas bruscamente segmentadas que albergan los tradicionales edificios ortogonales. En vez de los escasos tipos que podemos encontrar en el siglo XX (escuelas que se parecían a todas las demás escuelas, oficinas que se parecían a las demás oficinas, museos que se parecían a todos los demás museos, etc.), el siglo XXI tendrá un amplio espectro de variación de las formas de construcción para todos los tipos de edificios.

**Francisco Leiva < Grupo Aranea**

Independencia.

**Víctor López-Cotelo**

No olvidar que está al servicio del ser humano.

**Stan Allen**

El mayor desafío al que nos enfrentamos es nuestra propia irrelevancia. Los arquitectos son responsables de solo una cantidad muy pequeña de lo que se construye hoy, y por otra parte, han sido excluidos de los grandes temas: ya no construimos infraestructuras ni damos forma a las ciudades. En el mundo desarrollado, los arquitectos han sido superados; las ciudades se construyen a pesar de los arquitectos. En el Occidente desarrollado, los arquitectos no han querido o no pueden hacer nada frente a los problemas reales de las ciudades que disminuyen de tamaño, la necesidad de reconstruir las infraestructuras, restaurar los edificios existentes, reimaginar casas y ciudades. La praxis profesional en sí debe ser reinventada. No es tanto lo que hacemos, sino cómo lo hacemos lo que ha de cambiar, o nos enfrentaremos a una creciente marginación.

**Antón García-Abril**

Los arquitectos tienen que ligar arte y técnica, y transferir ese conocimiento a la sociedad.

**Luis Fernández-Galiano**

En escuelas como las nuestras, donde el arquitecto recibe ya una formación politécnica de manera que puede considerarse como un ingeniero de la construcción que, al mismo tiempo, posee una dimensión humanista, debería fomentarse el estudio de la economía y el derecho, esenciales para conocer el mundo contemporáneo e intervenir en él. Los arquitectos valoran la historia o el arte, pero juzgan esas disciplinas prescindibles, y en muchas escuelas son asignaturas consideradas *marías*, a las que los alumnos prestan poca atención.

**Marcos Cruz**

Hay varios aspectos importantes a considerar. Por un lado, los arquitectos necesitan ponerse al día con los avances tecnológicos que van más allá de los métodos tradicionales de construcción. La exploración de nuevos materiales, los sofisticados procesos de fabricación robótica y la inteligencia biotecnológica son solo tres de las áreas que, sin duda, nos plantearán desafíos en los próximos años. Por otro lado, hay



El propio Sullivan no es demasiado benevolente consigo mismo en su autobiografía: «Vivía en una crasa ignorancia. Prosperaba y, por tanto, el mundo era justo».<sup>27</sup>

La cantilena resulta familiar: «Todo se acaba, nuestro tiempo pasó». No es la primera vez que el arquitecto se encuentra pensando en esos términos. Walter Benjamin describe con precisión en su *Libro de los Pasajes* un momento en el que pasó de ser un profesional reconocido a encontrarse en una posición ambigua, desplazado en buena medida por la revolución tecnológica del siglo XIX que dejó *in albis* su posición social. Dicho de otra manera: tras quedar rezagado por el avance técnico (y su falta de reacción), el arquitecto se convirtió en sujeto pasivo.

El teórico de la arquitectura Boetticher expresa la convicción general cuando afirma que «en cuanto a las formas artísticas del nuevo sistema, el principio helénico de las formas» tiene que entrar en vigor. El Imperio es el estilo del terrorismo revolucionario, para el que el Estado es un fin en sí mismo. Napoleón conoció tan poco la naturaleza funcional del Estado como instrumento de dominio por parte de la clase burguesa, como los arquitectos de su tiempo la naturaleza funcional del hierro con el que el principio constructivo ejerce su dominio de la arquitectura. Esos arquitectos levantan vigas como columnas pompeyanas, fábricas como bloques de viviendas, del mismo modo que más adelante las primeras estaciones ferroviarias se basan en chalés. La construcción adopta el papel del subconsciente. No menos comienza a imponerse el concepto de ingeniero, que procede de las guerras revolucionarias, iniciándose las disputas entre el constructor y el decorador, entre la Escuela Politécnica y la Escuela de Bellas Artes.<sup>28</sup>

Pese a las palabras de Benjamin, es posible que no comprendamos bien el salto que supuso esta doble ruptura tanto profesional como técnica. Ese orden napoleónico que desembocó en nuestros sistemas de pesos y medidas reguló también el quehacer arquitectónico y lo asoció al ámbito de las Bellas Artes, al tiempo que alumbró una disciplina aparentemente más objetiva: la ingeniería. El hierro no fue más que el material que profundizó en esa escisión. Mientras los arquitectos trataban de encontrar un lenguaje adecuado para su utilización, la necesidad de infraestructuras ferroviarias propulsó el trabajo de los ingenieros. La arquitectura, para reaccionar, estableció un sistema de enseñanza y reforzó su propósito de sentido moral; un clásico cíclico en la historiografía desde el *buen y mal arquitecto* de Philibert de L'Orme, ya en el siglo XVI: «Así deben ser las cosas, no perdamos el camino». No es casual que en este siglo se produjese un *revival* neogótico o se incorporasen nuevos referentes históricos (como la arquitectura egipcia); tampoco salen de la nada las aproximaciones arcaizantes de John Ruskin, las primeras teorías de la restauración o la primera tratadística específica sobre la casa (*The Architecture of Country Houses*, a cargo de Andrew Jackson Downing). Esa inestabilidad responde tanto a la pérdida de sustrato técnico como del estrechamiento del espacio social, ahora compartido. Algunos entendieron ese corte como una llamada de atención, reversible si los buenos propósitos volvían a encauzar la disciplina. Los argumentos de Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc, tan partidario de la unión entre ingenieros y arquitectos,<sup>29</sup> así lo reflejan:

[Los ingenieros] sometidos en materia de arquitectura a una enseñanza muy limitada, solo han sabido emplear el hierro con vistas a una utilidad práctica, sin preocuparse de las formas artísticas. Y nosotros, arquitectos, que podríamos haber acudido en su ayuda en los aspectos formales, hemos rechazado tanto como hemos podido estos nuevos elementos y, cuando los hemos adoptado, lo hemos hecho reproduciendo los medios exclusivamente prácticos hallados por los ingenieros constructores y los

27. *Op. cit.*, p. 207.

28. Walter Benjamin, *Libro de los Pasajes* (edición de Rolf Tiedemann), Madrid, Akal, 2009. Cita tomada de los resúmenes *París, capital del siglo XIX*, p. 38. (Debemos el descubrimiento de esta cita a un texto de Stan Allen, incluido en el libro *Nuevas naturalezas. La Estación Intermodal de Logroño. Ábalos + Sentkiewicz arquitectos*, en el que nos encontramos trabajando en la actualidad.)

29. Viollet-le-Duc, *Conversaciones sobre la arquitectura*, volumen II, «Vigésima conversación» (traducción de Maurici Pla), p. 428: «[...] más vale decir que para formar a un arquitecto lo mejor es elegir a eso que antes daban en llamar *un hombre honesto*, y podemos afirmar que esta cualidad se alía, nueve de cada diez veces, con el auténtico talento, con el conocimiento y la experiencia».

complejidades sociológicas y económicas que necesitan ser reconsideradas mucho más en serio por los arquitectos. Necesitamos alejarnos de las dos décadas de exuberantes proyectos de obras públicas, museos y salas de música, en muchos casos construidos con gran derroche, para concentrarnos más en los proyectos elementales, sostenibles y enfocados a la comunidad. Los arquitectos han de investigar mucho más en la sociedad actual y sus necesidades, así como reconsiderar el cuerpo contemporáneo (que muchos han dado simplemente por sentado).

Y todo esto se debe considerar tanto a nivel estético como psicológico. También existe una necesidad de cuestionar la relación de la arquitectura con la naturaleza de una manera más crítica y, sin embargo, también creativa. Es cierto que hay muchas respuestas inteligentes a los problemas ambientales que se pueden encontrar en la misma naturaleza en lugar de partir de cero. Un gran reto, sin embargo, sigue siendo cómo los arquitectos pueden superar su propio entorno del estudio para interactuar con nuestra sociedad de una manera mucho más activa y pública. En tiempos de crisis, han de concentrarse mucho más en la comunicación con el público general para que éste sea consciente de la función fundamental del arquitecto en la conformación del futuro entorno construido. Esto es especialmente cierto en países como el Reino Unido, donde la profesión del arquitecto se ve a menudo con gran desconfianza.

#### **José Luis Vallejo < Ecosistema Urbano**

Los problemas urbanos son cada vez más complejos y la realidad se transforma a un ritmo trepidante.

El arquitecto debe saber diseñar desde la complejidad, manteniendo una mirada poliédrica que permita la incorporación de nuevas herramientas, interlocutores, etc.

Entendemos la figura del arquitecto como un activador, mediador y comisario de los procesos sociales en una realidad en red en la que los ciudadanos han pasado de ser receptores pasivos o consumidores a productores activos o prosumidores.

#### **Jon Aguirre Such < Paisaje Transversal**

La arquitectura y la profesión de arquitecto tienen que dar un giro hacia las cuestiones sociales. En este sentido resulta vital entender la diferencia entre construir y edificar. No podemos seguir proyectando edificios en un país en el que se estima que hay seis millones de casas vacías y en el que hasta el pueblo más recóndito tiene su propio palacio de congresos. Los arquitectos no podemos seguir trabajando con ladrillos u hormigón; tenemos el deber de ayudar a resolver los problemas que la profesión ha ayudado a crear en los últimos años. La regeneración, la rehabilitación, la reprogramación o la reconfiguración de espacios deben ser algunos de los temas por tratar. Pero no solo desde un aspecto tectónico, sino también desde una perspectiva procesual, porque el espacio hoy en día no puede ser considerado como un hecho físico. Y si los arquitectos nos dedicamos a la construcción de espacios para la autonomía social, tal y como defendemos en nuestra plataforma, tenemos que pensar en estos espacios no solo desde su dimensión física. Se trata también de empezar a incorporar las nuevas tecnologías y los nuevos espacios digitales a nuestra labor. Y pensar en nuevas formas de hacer arquitectura más allá de la esfera física. Tenemos una responsabilidad y también contamos con capacidad para hacerlo, pero para eso necesitamos reinventar la profesión, porque si no, corremos el peligro de que la labor del arquitecto sea innecesaria.

hemos disimulado, lo repito, bajo ciertas formas consagradas por la tradición. De ahí se llegó a la conclusión, no sin cierta razón, de que los arquitectos no eran lo bastante inteligentes, y de que los ingenieros no eran en absoluto artistas. [...] Si miramos las cosas un poco desde arriba y sin prejuicios, tendremos que reconocer que las carreras del arquitecto y del ingeniero civil tienden a confundirse, tal como ocurría antaño. Si un instinto de conservación ha hecho que en los últimos tiempos los arquitectos hayan pretendido reaccionar contra algo que consideraban como una intromisión del ingeniero en su dominio y hayan pretendido rechazar los medios adoptados por este, dicho instinto les ha hecho un mal favor y solo serviría, si acabara prevaleciendo, para reducir día tras día el papel del arquitecto, para reducir sus funciones a las de dibujante-decorador. Si razonamos un poco, nos daremos cuenta de que los intereses de ambas corporaciones quedarían satisfechos mediante su unión, puesto que, en el fondo, el nombre poco importa, lo esencial es la cosa, y la cosa es el arte.<sup>30</sup>

Pese a la exhortación de Viollet-le-Duc, se terminó de solidificar la figura de un arquitecto ya no *tan* necesario, ya no exactamente de la misma forma. Vagnetti contextualiza el retrato y describe a un profesional establecido, majestuoso, digno, cuya acción directa sobre el edificio se «concentraba en el período en el cual la obra, después de terminarse su fábrica, asumía su aspecto definitivo a través de una paciente labor de revestimiento»;<sup>31</sup> es decir, a posteriori. Como se puede establecer a través de un seguimiento de la disciplina a lo largo del XIX, la herida es muy profunda y se mantiene aún un siglo después —pese a los intentos del Movimiento Moderno por objetivar la arquitectura jurando con la mano apoyada en el libro de la técnica, para lograr así cierta armonía con el proceso de mecanización—. Traumatizado por eso tan resbaladizo que conocemos como *progreso*, se trata de un tipo de profesional que aún hoy reconocemos, paradójicamente persistente. Un arquitecto que no habita solo el territorio de la leyenda y que, de alguna manera, perdura aprensivo frente a los nuevos cambios tecnológicos o la disposición de nuevas formas de trabajo (menos jerárquicas o patriarcales). La obsolescencia es uno de los peligros a los que se enfrenta cualquier profesión, y el pánico a ella una de las neurosis más repetidas. Puede que no deseemos reconocerla como tal, pero en un aserto sobre el papel del arquitecto en nuestra sociedad, es necesario desvelar un subtexto implícito.

## 2c / Transformación

Las actuales circunstancias sociales han provocado la casi completa desaparición del «artista-artesano» (*Kunsthändler*) y han convertido en realidad a cada trabajador en una máquina [...]. El arquitecto moderno —presionado, por un lado, a ocupar un campo cada vez más extenso y, por otro lado, a acumular más conocimientos que nunca— se ve obligado a concentrar todas sus energías en una profesión cada vez más especializada.<sup>32</sup>

Otto WAGNER  
*La arquitectura de nuestro tiempo*

30. Véase «Duodécima conversación», *op.cit.*, p. 73-74.

31. *Op. cit.*, p. 528.

32. *Op. cit.*, p. 49.

A caballo entre los siglos XIX y XX, Otto Wagner publica *Moderne Architektur*. En las líneas finales del primer capítulo, titulado inequívocamente «El arquitecto», se ubica la cita anterior. Se trata de un escrito que funciona como un pequeño manual de instrucciones (apenas sobrepasa el centenar de páginas) en el que se suceden consideraciones de lo más

### **Wiel Arets**

Creo que nuevas ideas y nuevas tecnologías, un nuevo pensamiento, aparecerán cuando nosotros, como arquitectos, creamos en un futuro positivo. Como seres humanos creemos en el progreso. Yo creo que en nuestra naturaleza hay una fuerza que nos empuja a crear cosas positivas y nuevas. Y eso es parte de mi forma de pensar. Y la resistencia es también parte de esto, porque nada avanza nunca con suavidad. Sólo las actitudes positivas de los arquitectos asegurarán que la arquitectura se mantenga como una disciplina que no opere al margen de la sociedad.

### **Iván López Munuera**

El requerimiento más urgente de la arquitectura es el mismo que el del resto de la sociedad: dar cabida y voz a realidades marginadas de los discursos hegemónicos, incorporar los estudios inclusivos como la teoría de género o los discursos poscoloniales, ser afectada por sensibilidades no siempre tenidas en cuenta (de la llamada arquitectura vernácula a la decoración de interiores, los ejemplos transitorios o las tecnologías que la hacen posible). La arquitectura debe escapar de una definición única, del proyecto clasificatorio que la limite como algo estéril, muerto. No debe tener miedo a la discusión, no puede ser algo prescriptivo (decir cómo debe ser), sino ajustado a las múltiples realidades que se dan en la contemporaneidad. De hecho, la arquitectura debe ser una caja de herramientas que permita, con carácter retroactivo, leer y resignificar hechos pasados desde ópticas actuales.

### **Ángela García de Paredes e Ignacio Pedrosa**

Como casi todo en tiempos de crisis, la arquitectura también necesita cambiarse a sí misma, reinventarse, para volver a ser la arquitectura que encuentre la sorpresa en la emoción y no solo en la desmesura, como recientemente parecería que ha ocurrido. Solo la rápida aceptación de la nueva realidad económica y social en la que nos hallamos, dejando de lado cualquier atisbo de añoranza de posiciones privilegiadas, puede permitir recuperar la vigencia de la arquitectura en orden a su necesidad en la sociedad, y recuperar así la referencia de prestigio intelectual.

### **Eduardo Arroyo**

La honestidad y la valentía crítica de sus creadores.

### **Peter Wilson**

El hecho de que la arquitectura no sea un lujo sino una necesidad ha de ser restablecido tanto en las agendas políticas y sociales como en el subconsciente popular.

Cómo mostrar y propagar este papel afirmativo: no mediante la prosecución de más trayectorias lúdicas, sino demostrando que los niños necesitan guarderías; las ciudades, foros públicos, y los grupos culturales, objetos de identificación.

### **Emilio Tuñón**

La arquitectura debe ser sensible a los cambios de la sociedad. Para ello es necesario, más que nunca, una aproximación de la arquitectura a la vida real y, por lo tanto, a los usuarios reales.

diverso, desde la crítica a la composición y la construcción. Recurrir a Wagner puede aparentar nostalgia, pero es un modelo viable: al igual que otros arquitectos del cambio de siglo que también relataron su experiencia —Louis H. Sullivan en *Autobiografía de una idea*—, vivió el final de una era y pudo vislumbrar el mundo que se avecinaba, aunque no llegó a nadar hasta la orilla de la modernidad. En 1914, cuando reeditó su libro por última vez, Europa ya se precipitaba hacia la Primera Guerra Mundial, y Wagner engrosaría las filas de un pasado con el que no se sabía muy bien qué hacer —como pasa siempre con la incómoda memoria reciente—. Jean-François Lyotard atribuye a la generación que le sucedió (Karl Kraus, Hugo von Hofmannsthal, Adolf Loos, Robert Musil...) el final de los grandes relatos<sup>33</sup> que la posmodernidad ya no puede asumir.

Pese al siglo transcurrido, la situación no deja de resultarnos familiar. Wagner enuncia precisamente esa visión pancultural que aquí se pretende, e interpreta socialmente el papel del arquitecto desde la capacidad integradora de su conocimiento: múltiples saberes en un único profesional. En todo caso, recoge una tradición extensa que ya señalaba Vitruvio en el primer capítulo de su obra *De architectura*, en el que recomendaba al propio arquitecto que sea alguien «instruido, hábil en el dibujo, competente en geometría, lector atento de los filósofos, entendido en el arte de la música, documentado en medicina, ilustrado en jurisprudencia y perito en astrología y los movimientos del cosmos».<sup>34</sup> En el Renacimiento, Alberti rebaja esa aspiración para centrarse en objetivos en apariencia más modestos: solo entenderá como imprescindible la formación en pintura y matemáticas, competencias que podían impulsar opciones insólitas. Miguel Ángel, por ejemplo, según relata Vasari, colaboró en la fortificación del sitio de Florencia en 1530<sup>35</sup> —una muestra de sapiencia holística que hubiera encantado al romano, cuyo tratado concluía con máquinas militares—. Este modelo se transfiere, en un hilo de continuidad ininterrumpido, a los motivos decorativos de la Secession, los diseños de interiores de Charles Rennie Mackintosh y Margaret MacDonald, los talleres de formación de la Bauhaus, el mobiliario de Aalto, la totalidad de la obra de los Eames —solemos olvidar que Charles era arquitecto—, la faceta de divulgador en la RAI (Radiotelevisione Italiana) de Renzo Piano...

Sin embargo, existe un matiz importante: en todos los casos nombrados con anterioridad hablamos de arquitectos que cuentan con la capacidad de desenvolverse en campos que no les son completamente ajenos, aunque en ningún caso usurpan ese espacio. Estudian *desde* su posición para actuar bajo esa condición de observador. Así, pese a que alguien como Bernard Tschumi arranque oficialmente su carrera organizando en 1974 unos fuegos artificiales en la Architectural Association de Londres, —y presuma de ello—, no se expresa como pirotécnico, sino como arquitecto que disecciona un proceso económico a través de la transformación de la materia.

Esta solución no es válida para todos los casos: no podemos esperar que se entienda ese desvío como una panacea, ni que se abandone una forma de ejercer la arquitectura muy instalada en el propio ADN de la profesión. Tampoco ese reciclaje debería pasar por invadir las atribuciones de otros profesionales, cuyo espacio propio responde también a lo específico e identitario de su formación. Pretender que el completo desplazamiento del sector sea una solución viable es, si se piensa mínimamente, una aporía sentimental, un enunciado irrealizable de colosal escala, asentado en la traslación de ilusiones personales (de una parte del colectivo) al conjunto de la sociedad (en su contexto global). No parece posible solucionar el problema desde ese planteamiento generalista, aunque sí es una vía por explorar en los procesos de educación y formación intensiva, en los que conviene valorar

33. Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna* (traducción de José Galán); incluido en P. Hereu, J. Montaner y J. Oliveras, *Textos de arquitectura de la modernidad*, Madrid, Nerea, 1994.

34. *Op. cit.*, p. 59.

35. «Mientras Miguel Ángel se ocupaba de estas obras con inmenso amor y solicitud, vino el impedimento del asedio de Florencia en el año 1530, lo que fue ocasión de que poco o nada hiciera, por haber puesto los ciudadanos a su cargo la fortificación del país. De modo que, habiendo prestado mil escudos a la República y formando parte de los Nueve de la milicia, cargo nombrado para los asuntos de la guerra, consagró todo su pensamiento y sus esfuerzos a fortificar el monte de San Miniato, donde presto mandó levantar unos bastiones que los habría hecho de otro modo quien allí los hubiera querido eternos. Bien es cierto que, al estrecharse el asedio con el paso de los días, por seguridad de su persona, resolvió finalmente partir de Florencia para ir a Venecia.» *Op. cit.*, p. 55.

## Iñaki Ábalos

La calidad del espacio urbanizado de alta densidad. Qué puede dar la ciudad actual a cambio de renunciar al plano de Nolli y a esa forma de construir el espacio público que a todos nos ha fascinado, pero ya no existe.

## Juan Herreros

Extender el concepto y la práctica del proyecto a un sinfín de actividades que no consisten en diseñar y construir edificios.

## PKMN (pacman)

El arquitecto debe buscar esas necesidades arquitectónicas alojadas en otros ámbitos; ya no se trata tanto de abrir la profesión a «otros» como mezclarse con ellos, y no desde posiciones privilegiadas de «anfitrión», como hasta ahora se ha hecho, sino todo lo contrario, desde la búsqueda de esos lugares de oportunidad. Está claro que pasar de anfitrión a invitado es un proceso complejo e incluso incómodo; pero es urgente ese cambio de mentalidad para no convertirse en ese «anfitrión sin invitados», en el jefe de todo esto sin nada que hacer ni nadie a quien gestionar.

## Paco Burgos & Ginés Garrido

Nada muy diferente a lo que ha hecho que la arquitectura sea algo relevante en el pasado: creatividad, solvencia y flexibilidad. Debemos ser capaces de ofrecer una mirada propia, un conocimiento de nuestra disciplina sólido y una clara disposición para entender y atender las necesidades de quienes nos necesitan.

## Manuel Ocaña

Ese requerimiento está en la educación.

Los planes de estudios de la carrera de arquitectura se cimentan sobre preguntas obsoletas y anacrónicamente formuladas. Guardianes del pantano blindados con trajes burocráticos y oposiciones siguen adorando y difundiendo doctrinas inoperativas con olor a naftalina. Se crean albañiles ilustrados o megalómanos gráficos con portfolios cursis, sobredibujados y retóricos. Los centros de interpretación de la naturaleza, las capillas en paraísos académicos, los museos de escultura en playas, los edificios híbridos de cientos de miles de metros cuadrados o la instrucción militar y cobarde en fábricas de VPO (vivienda de protección oficial), entre otras, son algunas de las cuestiones que los estudiantes tienen que resolver con repertorios sagrados que no empatizan con la sociedad.

El primer requerimiento es el cuestionamiento académico de todos los *The Master*.

El segundo es desestigmatizar los lenguajes tradicionales, el ornamento, la especialización, los proyectos no matéricos ni espaciales y la relación del pensamiento arquitectónico con el mercado global.

El tercero, y el más importante, es fomentar sin imposturas los asuntos relacionados con la creatividad, la calidad y pertinencia de la enseñanza, la innovación y la transformación, y considerar el recurso humano como un bien supremo.



una apertura con el fin de aumentar las expectativas de incorporación del futuro arquitecto al mercado laboral; desde el punto de vista docente, esta sería una responsabilidad que hay que acometer con urgencia, en un plazo inmediato. Esa capacidad de abarcar campos realmente distintos a los que se impone hoy un modelo estático queda, pues, reiterada a lo largo del tiempo y exige un entendimiento de la arquitectura algo menos rígido, más extenso y acumulativo. Esto, desde luego, sería un cambio cualitativo frente al habitual proteccionismo derivado del entendimiento corporativo de la profesión. Para bien o para mal, abrir la disciplina implica dar cuerpo al acto de *formar* profesionales responsables que busquen su utilidad en el mercado, sin abandonar la propia esencia. Lo transdisciplinar, multidisciplinar, transversal y sus consecuentes sinónimos —curiosamente, *versatilidad* no suele usarse y es un vocablo que, particularmente, preferimos— comienzan a ser una plaga dentro del léxico profesional, y en su reiteración desvelan la naturaleza de una ansiedad; pero no dejan de constituir una respuesta simple a un problema complejo, con más aristas de las previsible. Cuando el término se extiende, amenaza con convertirse en placebo, sustituyendo incluso la necesidad de un remedio que apenas se busca realmente en la propia arquitectura, como si esta hubiese perdido mágicamente cualquier posible poder.

En la misma Viena desde la que habla Wagner, algo más de medio siglo después, un joven Hans Hollein se adelanta unos meses a la revuelta *sesentayochista* desde las páginas de la revista *Bau* con su pequeño manifiesto «Alle ist Architektur» (Todo es arquitectura). ¿Cómo no entender como arquitectura el casco de un piloto de guerra?, se pregunta Hollein. ¿No son arquitectura acaso las cabinas telefónicas —nuestros móviles para nosotros, claro—? Entre imágenes de estructuras tensadas, instalaciones artísticas y el retrato del Che Guevara, el austríaco reivindica para los arquitectos una visión menos restrictiva, más expansiva. El *micromanifiesto* (apenas un par de hojas) terminaba así:

Los arquitectos debemos dejar de pensar exclusivamente en términos de materialidad. Liberada de los condicionantes técnicos del pasado, la arquitectura funcionará más intensamente con cualidades espaciales y psicológicas. El proceso de «erección» adquirirá un nuevo significado y los espacios tendrán propiedades hápticas, ópticas y acústicas, y contendrán efectos informativos a la vez que expresarán necesidades emocionales.

Una verdadera arquitectura de nuestro tiempo deberá redefinirse y expandir sus recursos. Muchos campos fuera de la construcción tradicional serán incorporados al dominio de la arquitectura, del mismo modo que la arquitectura y los «arquitectos» entrarán a formar parte de otros ámbitos.

Todos somos arquitectos. Todo es arquitectura.<sup>36</sup>

Las palabras de Hollein, aparte de recoger a la perfección el *Zeitgeist*, adelantan acontecimientos y atisban la esperanza de una disciplina sintética. Si la crisis de los setenta privó a los arquitectos de su praxis, también proporcionó la rara oportunidad de reflexionar sobre su naturaleza y cargó el armamento teórico de las décadas subsiguientes. Puede que el texto de Hollein deba leerse en la actualidad en un sentido aún más radical, en un momento en que las realidades y los espacios se han multiplicado. Lo material parece encontrarse en proceso de disolución. Las «cosas», el producto físico, pasan por una crisis hasta el momento inédita; y la parte física de la arquitectura no puede ser ajena a ello. Se reabren, así, dos vías ya exploradas a través de las ideas de autonomía y heteronomía en arquitectura: la insistencia en la disciplina —más profundo, el pensamiento se hace más

36. Hans Hollein, «Alle ist Architektur», *Bau* 1/2, 1968, p. 2. Versión en castellano en la revista *Oeste*, n.º 17.



## Sou Fujimoto

Anticipación de algo un poco más allá.

En nuestro tiempo, no puedo sino decir que la posición de la arquitectura se ha vuelto muy compleja. En nuestro planeta, existen distintas situaciones sociales en paralelo y se ha convertido en algo normal que una cierta propuesta arquitectónica no pueda realizarse en otro lugar. Aún así, en todas las épocas, supongo que la arquitectura debe permitir a las personas prever algo un poco más allá. Una propuesta de casa debe ser capaz de dar lugar a una vida un poco más agradable que la anterior. Una propuesta de un nuevo centro público debe ser capaz de predecir la naturaleza de la sociedad en un futuro cercano, en el que cada uno debería obtener un poco más de diversión. Creo que es el humilde papel de la arquitectura seguir dando este tipo de propuestas con sueños que “permite a las personas entrever algo un poco más allá”. Creo que pedir “algo un poco más allá” es simplemente la esencia de los seres humanos. En cualquier sistema social o en cualquier situación económica, no vivimos todos preguntándonos “¿qué hay más allá?” Sería magnífico si pudiéramos crear tal anticipación esperanzada. Con una cierta variedad de arquitectos, cada uno ofreciendo una variedad de anticipaciones, creo que la diversidad misma enriquecerá el mundo.

---

## ¿Por qué merece la pena ser arquitecto?

**Antón García-Abril**

Es apasionante.

**Patrik Schumacher**

La civilización humana siempre ha necesitado las estructuras arquitectónicas y su disposición en pueblos/ciudades para construir y estabilizar el orden social. Las ciudades han ido construyendo una infraestructura y un desarrollo de complejidad creciente, superponiendo capa tras capa, a la vez que expandiéndose cada vez más. Solo de esta manera fue posible estructurar una sociedad con procesos de vida e instituciones lo suficientemente robusta y compleja.

**Marcos Cruz**

Sin lugar a dudas, la arquitectura es una de las profesiones más antiguas y fascinantes. Se sitúa en la encrucijada entre muchos campos de conocimiento, y es por tanto ampliamente incluyente. Más que nada, es un arte espacial y social fundamental. Con el crecimiento sin precedentes de la población mundial y el aumento de número de personas que viven en el entorno urbano, la arquitectura es más que nunca una disciplina necesaria. De hecho, es una de las profesiones clave del futuro. Las preguntas clave son dónde, cuándo y cómo actuar.

denso hacia dentro— y, en segundo lugar, pero no menos importante, la diáspora de habilidades y apertura al exterior. Lo puro (otra vez) frente a lo bastardo, la concentración y recuperación de oficio frente a la dispersión y disolución de habilidades. Una polifonía tan desconcertante como esperanzadora.

---

Tercero

## El fuego amigo

¿Habrán arquitectos en treinta años? Esta es una pregunta que ninguna otra generación ha tenido siquiera que considerar. Los que aparentan un falso aplomo aún mantienen que, desde el punto de vista económico, los edificios son, sencillamente, como la comida: hechos irreductibles de la vida que ninguna transformación o cambio de las fuerzas sociales o de mercado pueden transformar. Podrían estar equivocados. Pese a la habitual y obligada genuflexión hacia las cuestiones infraestructurales o preocupaciones de hoy en día, se está prestando muy poca atención a la realidad más radical, y también más perturbadora: que esas demandas infraestructurales no están solo volviéndose más insistentes hoy en día, sino que dichas demandas están creciendo y mutando de cualidad y no solo de grado. No tenemos otra opción que lidiar con nuevas infraestructuras «suaves»: infraestructuras del conocimiento, infraestructuras de programa, infraestructuras culturales, infraestructuras virtuales. La demanda de diseño —y la de *des-diseño*— en nuestro mundo *sobremediado, sobreconstruido*, es, al tiempo, omnipotente y gigantesca, y aun así, la mayoría de los arquitectos aún responden a la misma con el lenguaje medieval de edificios estoicos, autónomos. El mundo del diseño contemporáneo está estratificado, con una estructura de clases emergente y sus consecuentes conflictos, y un nuevo proletariado cada vez más distanciado de los principales medios de producción. Los arquitectos sonríen detrás de sus pajaritas, puesto que aún no se han percatado de que ese nuevo proletariado son ellos mismos. Y, con seguridad, deben saberlo ya.<sup>37</sup>

Sanford KWINTER  
*Mach I (and Other Mystic Visitations)*

La conclusión no revela axiomas. Las respuestas a esas interrogaciones con las que abríamos el texto, bien que lo sentimos, no son maniqueas. Con seguridad, esta no será la última vez que pensemos sobre este asunto (al final, las instigaciones tienen ese efecto), ya que lo que aquí se ha expuesto, en realidad, nos genera más dudas que certezas. Solo podemos aducir en nuestra defensa que nunca prometimos otra cosa.

La melancolía ofrece la delectación, tan tentadora como desaconsejable, de conjurar de nuevo el pasado. El arquitecto (como también el crítico de arquitectura) puede considerarse un perfecto analista de sí mismo *a posteriori*. Advertencias como la de Kwinter —publicada en *Any* en 1997— suelen caer en saco roto. Las señales de alarma —como lo eran, por ejemplo, los escritos de Jane Jacobs, tan *demodé* durante décadas por su condición de *extraña* en un mundo de arquitectos— han sido recibidas, salvo por algún que otro espíritu despierto, con la inocua sonrisa reservada al ingenuo. No obstante, reproches más o menos merecidos aparte, algo deben hacer *bien* los arquitectos si pueden presumir de supervivencia añeja —Código de Hammurabi en adelante—, un algo que quizá tenga que ver con la crítica

37. Sanford Kwinter, *Mach I (and Other Mystic Visitations)*, recopilado en *Far from Equilibrium. Essays on Technology and Design Culture*, Barcelona, Actar, 2007, p. 37-38. Traducción al castellano de los autores.

## José Luis Vallejo < Ecosistema Urbano

En el ADN del arquitecto encontramos la motivación constante por innovar en los procesos y los resultados (*design thinking*). Esta característica central, junto con la capacidad de ser parte activa en la creación y gestión de procesos complejos, que involucran múltiples equipos de trabajo con visiones e intereses dispares, son aptitudes fantásticas para afrontar los retos contemporáneos de nuestra sociedad.

## Jon Aguirre Such < Paisaje Transversal

En estos momentos, tal y como está planteada la enseñanza de la arquitectura y como se entiende la arquitectura hoy en día, no merece la pena ser arquitecto.

## PKMN (pac-man)

Puede que sea una sensación romántica frente a la inevitable extinción, pero vemos «retos arquitectónicos» en todas partes. Mientras la construcción en sí misma, a través de códigos propios, muchas veces totalmente disciplinarios y absurdos, ha evolucionado en gran medida con relación al objeto arquitectónico, sin embargo ha desdeñado las estrategias, herramientas y procesos que lo relacionan con el ciudadano, el espacio público, la ciudad... Ahí puede estar el reto y la razón para dedicar tu vida a «ser arquitecto», que no es lo mismo que «dar» tu vida a la arquitectura, ese posicionamiento religioso tan afín al sufrimiento cristiano-católico.

## Víctor López-Cotelo

Por lo mismo que siempre, pues su esencia no ha cambiado.

## Luis Fernández-Galiano

Más que preguntarse por qué merece la pena ser arquitecto, habríamos de cuestionar quién debe serlo. Antonio Cánovas dijo que es español el que no puede ser otra cosa, y quizá deberíamos extender su ironía a nuestra profesión, diciendo que es arquitecto el que no puede ser otra cosa. Más allá de la sorna, estoy convencido de que solo deben iniciarse en la arquitectura aquellos que no puedan evitarlo. No es una profesión glamurosa ni lucrativa, y exige una tenacidad, una dedicación y un esfuerzo a todas luces inmoderados. Sin embargo, otorga una forma extraordinariamente fértil de aproximarse al mundo, y los que ya lo somos no podemos evitar apropiarnos de él con la mirada codiciosa del arquitecto. Como dijo Le Corbusier en su testamento: «Esta profesión requiere infinito trabajo, tesón y paciencia; somos burros dando vueltas a la noria, ¡pero burros que ven!».

## Stan Allen

Podría pensarse después de mi primera respuesta que soy pesimista. Y soy consciente de que estoy denunciando nuestra irrelevancia justo en un momento de interés público sin precedentes en la arquitectura, con la idea comercial del diseño como “valor añadido”. Pero esto es menos interesante para mí; es sólo otra forma más sutil de marginación. Todavía vale la pena ser arquitecto porque la arquitectura tiene una capacidad que el cine, los medios de comunicación, las novelas, la ingeniería, la ecología, la política o la poesía no tienen. Y es sólo recordándonos constantemente

38. Reyner Banham, *A Black Box. The Secret Profession of Architecture*. Publicado originalmente en *New Stateman and Society* del 12 de octubre de 1990 pp. 22-25, para el presente texto se ha utilizado la versión reproducida en *A Critic Writes. Essays from Reyner Banham*. University of California Press, London, 1996.

39. *Op. cit.* p. 294. Traducción de los autores.

40. Vagnetti, de nuevo, en el apartado *Accademie e seccoli barocchi: ... divennero luoghi appartate più silenziosi di prima, articolati in vari ambienti di lavoro per il titolare che poteva ricevervi la clientela e per i collaboratori, spesso molto numerosi, ma ormai solo impiegati dipendenti e non più affettuosi allievi o apprendisti. L'unità spirituale che aveva caratterizzato l'atmosfera umana della Bottega artistica si avviò a sparire, a trasmutarsi in un rapporto più burocratico, più attento alle scadenze ed alla produttività, per l'esigenza stessa di sopperire a numerose commesse contemporaneamente. [... se convirtieron en lugares aislados y más tranquilos que antes, divididos en varios ambientes de trabajo para que el titular pudiese recibir a clientes y colaboradores, a menudo muy numerosos, pero ahora tan solo empleados y empleadas en lugar de estudiantes o aprendices. La unidad espiritual que había caracterizado la atmósfera humana del taller comenzó a desaparecer, para convertirse en algo un tanto más burocrático, más atento a los plazos y la productividad por la propia necesidad de abordar muchos proyectos al mismo tiempo] *Op. cit.*, p. 385. Traducción de los autores.*

41. Así lo cuenta Michael Sorkin en su artículo de 2004 «Sex, Drugs, Rock and Roll, Cars, Dolphins and Architecture», dedicado a Ant Farm e incluido en la antología *All Over the Map*, Londres, Verso, 2013.

como mecanismo de constante alerta. El texto póstumo de Reyner Banham «A Black Box. The Secret Profession of Architecture» («Una caja negra. La profesión secreta de la arquitectura»)³⁸ ofrece una síntesis de algunos de estos aspectos. Banham hablaba de «mirar de nuevo a 'esta cosa llamada arquitectura' como un elemento de una serie de formas del diseño concebibles que, por determinadas razones, han llegado a ocupar una posición de privilegio cultural en relación a la industria de la construcción».³⁹ El crítico inglés explica, al menos en parte, el porqué de esa posición de privilegio, qué es lo que hace al arquitecto único en la cadena de los actores en el proceso de diseño: su voluntad de asumir responsabilidades y su capacidad de elegir. Esos mecanismos de alerta que antes indicábamos alientan una precisión concreta: no vale una solución a un problema; vale *esta* solución: concreta y única, específica.

Hannah Arendt describe el momento en que se planteó escribir *La condición humana*, al ser consciente de la perplejidad que para el hombre supuso «verse por primera vez desde fuera», a través de esas fotos espaciales de la Tierra que comenzaron a proliferar en la segunda mitad del siglo XX, y en cómo, de alguna forma, esas primeras exploraciones espaciales supusieron para el hombre la esperanza de escapar de la *cárcel* del planeta. Esa experiencia reproduce con exactitud milimétrica la situación de los arquitectos y la arquitectura. La sociedad devuelve un reflejo que es necesario observar, y la disciplina, de alguna manera, queda transmutada de ecosistema a prisión —esa *caja negra*, a la que también alude Banham en su texto—. De fuera adentro y de dentro afuera, la profesión se ha convertido en un enigma. Una concatenación de circunstancias ha convertido con presteza al virtuoso en paria.

La historia de los problemas es también la de las soluciones, y frente a los tradicionales inmovilismo o aislamiento se detectan alteraciones tanto en las estructuras profesionales como en el intercambio con el medio social. Un impulso centrífugo que empuja al arquitecto hacia lo común. La constitución de asociaciones y equipos de trabajo se encuentra en un proceso de cambio irremisible, pasando de un modelo focal a constelaciones de iniciativas. El estándar habitual que conocemos (organización profesional con un grupo variable de subordinados-estudiantes-aprendices, supervisados por una, dos o tres figuras, cuyo rol es de liderazgo público) cuenta con más de trescientos años de antigüedad,⁴⁰ a lo largo de los que ha sufrido mínimas alteraciones. En las últimas décadas, sin embargo, se han producido una atomización y concentración simultáneas a muy diferentes escalas: en lo mayúsculo, estóolidos gigantes empresariales han reducido el espacio del taller tradicional; en lo pequeño, han aparecido pequeñas células organizadas mediante modelos de cooperación y autogestión, asociaciones eventuales, profesionales de guerrilla —quizá algo atenuadas en la actualidad, ya no tan comparables a esos «grupos de rock» que Michael Sorkin asociaba con el nacimiento de estas iniciativas a finales de los sesenta, pero aún fuertemente contraculturales—.⁴¹

Si la estructura interna se está modificando, esa disposición al movimiento también se refleja en las relaciones exteriores, menos estáticas, más delicadas. Un ejemplo sería el redescubrimiento del arquitecto como agente social, presentado bajo el paraguas del servicio a la comunidad. Sin dobleces: cuando esa vocación se extiende abarcando capas tan diversas de una profesión, del experto al estudiante, puede afirmarse un interés genuino que debería ayudar a emplazar al arquitecto en un espacio en el que pueda ser consciente de su propia utilidad. Se trata de una aspiración legítima: reivindicar la propia vigencia en el contexto contemporáneo.

a nosotros mismos las capacidades específicas de la arquitectura de poder trabajar en y sobre el mundo, como podemos reclamar una cierta relevancia actual para esta torpe pero hermosa disciplina.

### **Emilio Tuñón**

Todavía podemos ser útiles en esta sociedad en continuo cambio.

### **Wiel Arets**

El problema podría ser que los humanos no podamos mantener los mismos intereses que ahora, cuando aún somos capaces de abarcar nuestras propias disciplinas. Y eso es, en mi opinión, algo que debemos tener en cuenta para avanzar. Tener un sueño, y concentrarnos en lo que las nuevas tecnologías pueden hacer por nosotros, es una situación que debemos entender para convertir nuestros sueños en utópicas realidades.

### **Ángela García de Paredes e Ignacio Pedrosa**

La arquitectura ha sido siempre una actividad necesaria para la sociedad, a través de la cual se expresa y al mismo tiempo se refleja en ella; por tanto, creemos que sí merece la pena, y mucho, ser arquitecto. Ahora, este oficio retorna a una presencia más discreta en la sociedad, posición desde la que tantas veces ha realizado una actividad ejemplar. Queda mucho por hacer en nuestras ciudades, que han experimentado una transformación vertiginosa en las infraestructuras y los equipamientos, pero cuyos centros han quedado en muchos casos obsoletos o anticuados, por lo que necesitan cambiar y renovarse para volver a ser habitados. Ser de utilidad a las personas en sus necesidades, desde las más básicas del alojamiento a aquellas más complejas, destinadas a satisfacer las aspiraciones más elevadas, es un camino inacabable que siempre merecerá ser recorrido.

### **Peter Wilson**

Vale la pena ser arquitecto porque de vez en cuando se experimentan esos momentos inspiradores en los que uno observa los resultados del propio trabajo en acción, en el proceso de mejorar la calidad de vida de aquellos que lo encuentran.

### **Francisco Leiva < Grupo Aranea**

Igual que hace unos años nos tocó vivir con impotencia una alocada situación que algunos no compartíamos y que no dejamos de criticar y combatir, debemos aprovechar ahora este tiempo de incertidumbre para generar un intenso debate que impida a la sociedad repetir los mismos errores.

El arquitecto sigue teniendo la responsabilidad de construir los escenarios del cambio.

### **Iñaki Ábalos**

Para construir una nueva noción de belleza que permita expandir los límites de la experiencia. En eso seguimos igual que el primer arquitecto, afortunadamente.

Insistamos, confundamos de nuevo al arquitecto con la arquitectura. Si la obsesión ha sido siempre encontrar el estilo/forma de vivir adecuado para la época, ¿cómo transformar la praxis actual en, precisamente, algo adecuado para nosotros? ¿Por qué merece la pena, en este momento, *justo ahora*, ser arquitecto?

Hasta aquí hemos hablado y enfocado el texto en esa tercera persona que corresponde a «el arquitecto», pero no podemos ocultar que lo somos. Creemos que sería oportuno cambiar ahora a «nosotros», y responder a la misma pregunta que hemos formulado a los demás. Olvidemos aquí lo legal y primemos lo subjetivo: no merece la pena tan solo adquirir competencias —a fin de cuentas, eso es un mero pacto y, por tanto, voluble—, sino capacidades. Es necesario modificar la idea del arquitecto eje en busca de una naturaleza menos definida. Frente al monolitismo tradicional de la disciplina, se propone un elemento gaseoso en movimiento perpetuo. Surgen preguntas, claro: que el arquitecto está dispuesto a contaminar y adaptarse ya se ha dicho, pero ¿acepta con el mismo aplomo una situación de reciprocidad? En segundo lugar, ¿no tiene algo ese plan de aquel «lo tomas o lo dejas», propio de las reconversiones industriales? La primera depende de una actitud personal y, por tanto, es incontrolable; la respuesta a la segunda pregunta es NO. La tentación de marginalidad resulta, además de autocompasiva, poco informada: la arquitectura ha explotado un poder simbólico y político extraordinario.

Hay una cierta consciencia, al escribir estas líneas, de que el discurso cae dentro de ese espacio asexual que es la contemporaneidad en sedición por ideología. Pero no queda más remedio que asumir que forma parte de nuestras vidas, un hecho indispensable para conformar un tejido cultural y social apropiadamente denso. La prueba de esta afirmación es sencilla: es muy difícil imaginar nuestra cotidianeidad en su ausencia. Nuestro relato no es posible en elipsis. En menos de veinticuatro horas, mientras se rematan estas líneas (Madrid, febrero de 2013), la arquitectura reaparece bajo muy diversos disfraces: los madrileños hacen cadenas humanas alrededor de los hospitales para proteger así, simbólicamente, el modelo de sanidad pública; Israel responde a la declaración del Estado Palestino en la ONU construyendo tres mil viviendas más para colonos; en el episodio séptimo de la quinta temporada de *Mad Men*, los suegros de Don Draper se muestran aturdidos por el apartamento del protagonista, un espacio abierto claramente contrapuesto al modelo *shingle house* de los suburbios; en *Democracia*, de Pablo Gutiérrez, el narrador omnisciente explica la actual crisis económica mediante el cambio entre comprar casas y comprar *la acción* de comprar casas, mientras que el protagonista dibuja perspectivas inmobiliarias antes de irse al paro; en *Girls* (primera temporada, episodio tercero), Marnie trata de subir a la High Line de Diller, Scofidio & Renfro: «High Line is cute», dice. Ni siquiera ha desaparecido el patrón de arquitecto como garantía de éxito en nuestras ficciones: en *The Ultimates*, el *Triskelion* de los Vengadores está *diseñado por Norman Foster*, según explica Nick Furia,<sup>42</sup> y así...

No podemos negar la arquitectura.

La arquitectura está en condiciones de proporcionar una forma de ver el mundo, de aproximarse a este no tanto con servidumbre practicante, sino con una empatía rara vez reservada al objeto crítico. De alguna forma, *casi* nada queda fuera de su ámbito de interés —ese *casi*, además, nos fascina—. Asumimos que una formación abierta, versátil y enfocada a indagar en la zozobra del mundo forma parte de nuestras responsabilidades como arquitectos. Que, igual que no imaginamos un mundo sin arquitectura, no es posible la arquitectura sin mundo. Un convencimiento que se aparta de la obsesión por considerar que

42. Mark Millar, Bryan Hitch, Andrew Currie. *The Ultimates 2*, Planeta de Agostini, Barcelona, 2003.



## **Eduardo Arroyo**

No recomendaría a nadie ser arquitecto en este momento. Si vuelve a merecer la pena en una sociedad futura avanzada, ya se verá.

## **Paco Burgos & Ginés Garrido**

Merecerá la pena en la medida en la que conservemos la capacidad para contribuir a mejorar el modo de habitar de las personas. Hay una enorme cantidad de cosas por hacer en ese sentido y cada una de ellas es una buena razón para que merezca la pena ser arquitecto.

El mundo está lleno de oportunidades para los arquitectos. Hay cientos de millones de personas que viven en unas condiciones que no debiéramos aceptar. Somos muy necesarios. Y en nuestro país, a pesar de la ingente cantidad de obras que se han hecho, la mayor parte de una calidad muy baja, necesitamos encontrar un modo más culto de construir nuestro territorio, nuestras ciudades y nuestro hábitat.

## **Juan Herreros**

¿Qué tipo de pregunta es esta? No participo de la mala conciencia según la cual parece que tenemos que conquistar una legitimidad perdida o algo así.

## **Sou Fujimoto**

Considero que cualquier ocupación es hacerse cargo de la historia de la humanidad y conducirla hacia el futuro. Me encontré con la arquitectura por casualidad, quedé fascinado con ella y estoy participando en la historia de la humanidad como arquitecto ahora porque así tenía que ser. Sí que debe de haber algo diferente en ser un arquitecto respecto a otras ocupaciones, ya sea de forma deliberada o no, porque los arquitectos crean todos los espacios de vida para los seres humanos, es decir, el medio que nos rodea, lo cual, observo, es una gran responsabilidad.

## **Manuel Ocaña**

No hay pena que merecer. Se trata de opciones vitales, de amor y de un deseo consciente de que se corren riesgos. Por eso la profesión vale la pena.

*todo* está relacionado con todo cuando uno se sumerge en un tema. Un convencimiento que surge de ese lazo empático, que tiene que ver con esa mirada hacia las cosas, fascinada su funcionamiento, la lógica de su estructura y el porqué de sus leyes internas.

Resultaría un artificio muy poco productivo prescindir de la arquitectura en la conformación de nuestras vidas. No, en ninguna circunstancia se ha devaluado; más bien es nuestra percepción de lo que queremos como arquitectura lo que ha cambiado. Bien mirado, incluso, ni siquiera merece la pena hablar de «querer», porque la arquitectura ofrece algo más que eso: conjuga el verbo «desear» y también, como hemos visto antes, «decidir». Aunque la estructura del conocimiento se haya alterado notablemente —¿quién no es experto *en todo* en estos tiempos?—, no podemos obviar el hecho de que una educación en arquitectura, común a toda una generación, ha dado lugar al ecosistema que alimenta esas esperanzas de diversificación. De entre los nuestros (compañeros, amigos, conocidos), descuellan perfiles heterogéneos, quizá excepciones, pero en el suficiente número como para considerarlos algo más que un mero indicio de diletantismo que pone en cuestión el monocultivo profesional. Es posible que esa «naturaleza en crisis» de la que hablábamos sea, en realidad, un arma ciertamente poderosa. Que los problemas no sean tales, que sean síntomas. Los de una profesión más libre de lo que parece. Y que, más allá de la arquitectura, que espera volver —con nuevas *formas* y fuerzas renovadas—, las habilidades adquiridas franqueen el paso.

Y aunque sea cierto que la reactivación de esas capacidades —ya hemos visto que no nuevas, ya hemos visto que extraviadas— se adivine ardua, como en todo *reaprendizaje*, el derrotismo es tan ominoso como prescindible. Y este no es un texto ominoso, en absoluto. Incluso nos provoca cierto deleite intuir que los arquitectos empezamos ineludiblemente nuestra segunda vida.

Ya tuvimos una para nosotros. Quizá ahora les toque a nuestras ideas.

Inma E. Maluenda / Enrique Encabo